

DE LA 'GUERRA DE LAS GALAXIAS' A LA 'DIPLOMACIA DEL MARCO'. ELEMENTOS PARA UNA NUEVA GEOPOLÍTICA EUROPEA*

Julio Pérez Serrano

I. LA EXPERIENCIA SOCIALISTA EN LA EUROPA DIVIDIDA.

Han pasado ya más de cuatro años desde que la Unión Soviética dejó de existir. Quince nuevos Estados se debaten hoy entre el capitalismo salvaje, la nostalgia y la guerra civil. En la Federación Rusa, que retiene más del 75 por ciento de la antigua URSS, las nuevas instituciones se asientan –aunque a menudo se omite– en un golpe de Estado que contó con el beneplácito de las más altas instancias internacionales. Quien tomó la decisión de bombardear el Parlamento propone hoy estrechar los lazos entre los quince Estados de la CEI, mientras (¡cosas de la vida!) se esfuerza sin éxito por aplastar la secesión de Chechenia, una de las muchas repúblicas autónomas de Rusia que desde la desintegración del gigante soviético viven de hecho al margen de Moscú.

En Centroeuropa, los ciudadanos de lo que fue la República Democrática Alemana, anexionada sin resistencia por su vecino occidental, asisten hoy, ante la indiferencia de muchos y como escarnio para las generaciones venideras, a procesos políticos en los que son juzgados como criminales de guerra quienes observaron estricto respeto a las leyes del Estado soberano que fue la RDA. Prevalece el derecho de conquista sobre cualquier otra razón. Poco o nada queda ya del cínico y omnipresente discurso de la libertad, la democracia, los derechos humanos y la paz mundial, lanzado a los cuatro vientos por los intelectuales orgánicos de Occidente. Sólo los malos augurios de una tercera e infinitamente más devastadora guerra entre las viejas potencias imperialistas, hoy de nuevo en liza, aporta un sarcástico realismo a las vacuas profecías de quienes, no hace mucho, proclamaron el fin de la historias.

Pero nada de esto debería sorprendernos y, menos aún, provocar el desánimo entre quienes hasta hoy han hecho suyo el compromiso con los ideales de la paz y el progreso social. Muy al contrario, la tozudez de los hechos coloca ante quien aspira sinceramente a comprender su tiempo elementos esenciales que revelan las claves profundas del actual proceso histórico. De estos elementos y de estas claves hablaremos ahora. Y también de la extraordinaria responsabilidad que en todo ello recae sobre nosotros, no sólo como historiadores, sino también –y especialmente– como ciudadanos.

1. El final de una edad breve.

En el ámbito internacional la última década ha cerrado lo que Hobsbawm denominó *the short twentieth century*, un período que se inicia con la primera gran guerra y que termina con la

* Publicado en *Trivium. Anuario de Estudios Humanísticos*, 8 (1996), pp.113–155.

unificación alemana y la disolución de la URSS¹. Esta década vertiginosa, que ha enterrado muchas realidades cotidianas para nuestros padres y abuelos, ha puesto fin también a la división del mundo en dos grandes bloques que aspiraban a representar cosmovisiones y prácticas sociales radicalmente distintas. No entraremos aquí a valorar en qué medida uno y otro respondían de hecho a las exigencias de sus respectivos modelos ideológicos. Probablemente, analizando la historia, ni uno ni otro lograron encarnar plenamente y en todo momento los ideales que en el ámbito teórico decían defender, e incluso puede que en determinados momentos la distancia entre los órdenes teórico y práctico fuese tal que hiciera muy difícil reconocer la auténtica naturaleza de una u otra realidad social.

Sucedió así con el capitalismo en el período de entreguerras, escindido entre el keynesianismo y el nazifascismo, formas ambas poco compatibles e incluso contradictorias con el liberalismo clásico². Y otro tanto puede decirse de los regímenes socialistas surgidos en el contexto de la guerra fría, sometidos inexorablemente a los imperativos de la dialéctica de bloques³. Es también una realidad poco cuestionable que la sociedad soviética fue alejándose cada vez más del modelo ideológico que inspiró la Revolución de Octubre; una distancia no superior, sin embargo, a la que separa –aunque a menudo se olvida– el imperialismo estadounidense del ideario liberal–emancipador contenido en su Declaración de Independencia.

Sería ingenuo, sin embargo, y en nada ayudaría a comprender nuestro siglo, negar al sistema imperante en los EE.UU. su naturaleza capitalista o considerar que el nazifascismo es o fue –tal y como falazmente se autoproclamó– una alternativa tan distinta del socialismo como del capitalismo. El rigor obliga a reconocer que también el llamado socialismo escandinavo, paradigma del "Estado del bienestar" y bandera de la socialdemocracia durante décadas, no fue nunca ni pudo serlo suerte alguna de socialismo, sino una forma inusualmente democrática y benéfica del sistema capitalista, explicable como las otras por determinantes coyunturales y geoestratégicos específicos. Determinantes que explican también las situaciones de extrema miseria y dura represión en que están sumidos la mayor parte de los países del llamado Tercer Mundo, la periferia del sistema. Tal es la faz múltiple y diversa del capitalismo, una faz que no debe hacernos perder de vista la profunda unidad estructural que éste posee como sistema mundial.

El análisis del bloque de Estados autodenominados socialistas no ofrece menor complejidad. Junto a los grandes colosos, China y URSS, herederos de extensos y poblados Imperios, los jóvenes y poco desarrollados Estados de la Europa oriental hicieron frente común en la segunda mitad del siglo con una pléyade de pueblos que en pocos años habían pasado de ser colonias de las potencias imperialistas a alinearse como Estados independientes en el llamado campo socialista. Lo cierto es que, dejando a un lado las valoraciones que cada uno pueda hacer sobre el devenir histórico de los regímenes autodenominados socialistas, es evidente que su existencia y sus esfuerzos por alcanzar cotas más o menos sólidas de articulación a nivel mundial, han marcado las relaciones internacionales en los últimos setenta años. De ahí que el hundimiento del sistema, en su doble vertiente, como modelo de Estado alternativo al Estado capitalista y como estructura supranacional tendente a garantizar en sus distintas formas la solidaridad del bloque, deba ser interpretado como un acontecimiento histórico de la mayor transcendencia.

¹ HOBBSAWM, E. J.: *Age of extremes: the short twentieth century, 1914–1991*. London, 1994.

² Sobre los sistemas liberal–democráticos, pueden verse LIJPHART, A.: *Las democracias contemporáneas. Un estudio comparativo*. Barcelona, 1987; LÓPEZ CÁMARA, F.: *Origen y evolución del liberalismo europeo*. México, 1989. Mucho más crítico, DUMONT, R.–PAQUET, C.: *Un mundo intolerable. Cuestionamiento del liberalismo*. México, 1991.

³ En cuanto a los sistemas socialistas, SALDIVAR, A.: *El ocaso del socialismo*. México, 1990; MARTINET, G.: *Los cinco comunismos*. Madrid, 1982; CLAUDÍN, F.: "De la utopía al totalitarismo". *Revista de Occidente*, 33–34 (1984), pp. 141–154.

Es en esta extraordinaria dimensión histórica que sin duda posee el final de la guerra fría en donde resulta más urgente y necesario hacer hincapié. Los orígenes, los factores y también las responsabilidades de toda índole que podrían explicar el fracaso –y también la derrota en el orden político–militar– de la primera experiencia de construcción socialista a nivel planetario son y serán, sin lugar a dudas, materia para la reflexión y objeto de la polémica durante mucho tiempo. Quizá durante más tiempo incluso del que tardemos en conocer nuevas revoluciones y nuevos intentos de superar el estadio de desarrollo capitalista, porque el impulso de los procesos históricos pocas veces se supedita al consenso de los intelectuales.

Centrándonos, por tanto, en la realidad presente es importante señalar que el hundimiento del socialismo a nivel planetario ha significado bastante más de lo que a menudo suelen resaltar algunos ideólogos del mundo occidental. Obsesionados por reafirmar de una vez y para siempre la supremacía ontológica de su modelo, revalorizan y exaltan las fatuas previsiones que desde aquel estremecedor Octubre de 1917 han venido haciendo –a veces con más odio que convicción– todas las cabezas bienpensantes del mundo capitalista⁴. Para ellos, la derrota del socialismo es sólo eso, la tantas veces anunciada derrota del socialismo y, por ende, la victoria del capitalismo y la negación de toda posible alternativa al orden político y económico burgués. Estamos de nuevo simple y llanamente ante una tautología, ante una forma histriónica y machacona de la vieja utopía liberal.

Pero la derrota sin paliativos del bloque socialista a finales de nuestro siglo no legitima ni mucho menos al capitalismo y es muy previsible que tampoco ponga fin al devenir histórico del proyecto socialista, aunque eso ya escapa a nuestra competencia. Lo cierto es que el escenario surgido del fin de la guerra fría dista mucho de ser el prometido paraíso de la democracia y la paz mundial. Más nos recuerda al tenebroso mundo de la diplomacia secreta, la intolerancia religiosa, la supremacía del hombre blanco y la feroz confrontación interimperialista a escala planetaria que conocieron nuestros antepasados hace más o menos un siglo⁵.

Por ello, dejando a un lado, por tanto, lo que en buena medida no es más que la inevitable propaganda de los vencedores, es necesario clarificar que la derrota del bloque socialista y la restauración total o parcial del capitalismo en la mayor parte de los países que lo conformaron no es en modo alguno *la* derrota de toda alternativa global al capitalismo. Y ello porque la confrontación entre los bloques no fue más que una forma –muy importante, sin duda, pero sólo una forma– de respuesta al capitalismo como sistema totalizador. Lo contrario conduciría a aceptar la fábula del "Imperio del Mal", popularizada por Reagan a mediados de los 80: identificar toda crítica con el socialismo, el socialismo con un Estado o conjunto de Estados y, por consiguiente, promover la Cruzada. La victoria militar es también, en este discurso ideológico, el triunfo del Bien y el imperio de la Verdad. A partir de ese momento la pira sustituye a la espada. No hay futuro ni legitimidad para la disidencia.

Debemos, por tanto, caracterizar con rigor la que debe ser interpretada no como "la", sino como "una" derrota, importante y trascendente sin duda, en los esfuerzos plurales y no siempre acertados de la Humanidad por superar el modelo de relaciones socio–económicas y políticas imperante desde fines del siglo XVIII.

Veamos, en primer lugar, qué queda del llamado bloque socialista, el principal motor de la

⁴ Sobre esto, extremadamente clarificadores son los testimonios recogidos en CARBONELL, Ch. O.: *El Gran Octubre Ruso*. Barcelona, 1981.

⁵ Vid. GIRAULT, R.: *Diplomatie européenne et imperialismes, 1871–1914*. Paris, 1979.

revolución mundial en la dogmática brezhneviana⁶. Aunque han desaparecido las estructuras de integración que vincularon a la mayor parte de los Estados de la comunidad socialista mundial, tales como el CAME o el Pacto de Varsovia, continúan existiendo Estados que mantienen la orientación socialista. Es evidente que el declive y la posterior desintegración de la Unión Soviética, principal referente estatal del socialismo y cabeza rectora del bloque, ha posibilitado la transición pacífica al capitalismo en las llamadas democracias populares de la Europa oriental. La desaparición del socialismo en Europa ha conllevado asimismo en los Estados no europeos que accedieron al socialismo por la vía de la revolución democrática–nacional reformas más o menos radicales tendentes a introducir en el más breve plazo la economía de mercado y el parlamentarismo.

Así, pues, como formación estatal de acuerdo con el modelo de la guerra fría, el socialismo persiste hoy sólo en pequeños países que en el pasado fueron parte de la periferia capitalista, y que con resistencia numantina se niegan a abandonar los logros alcanzados y a restaurar las formas capitalistas. Entre éstos, dos que destacan por su potencial económico y demográfico, su ubicación estratégica y su significación histórica: Corea del Norte y Cuba. El resto, desaparecidas las estructuras de solidaridad interna del bloque, está presumiblemente en vías de engrosar las filas del hambre y la miseria, debido a la escasez de recursos y al aislamiento internacional a que se ven sometidos: ni se plantea la intervención, el tiempo juega ahora a favor del nuevo orden mundial. Algunos de estos países, antiguos aliados de la URSS, canalizan sus esperanzas de supervivencia hacia la República Popular China, el único Estado todavía autodenominado socialista con peso en las relaciones internacionales⁷. En este último país, disociado del bloque soviético desde fines de los 50, el socialismo ha adoptado formas específicas que permiten hablar de un modelo propio, que durante los últimos quince años ha combinado el mantenimiento del régimen político instaurado en 1949 con la progresiva introducción de mecanismos de mercado en la economía. Aunque el futuro de China es en buena medida incierto, dada la avanzada edad de Deng Xiaoping, el arquitecto de las reformas, y la disparidad de criterios dentro del Partido en lo que se refiere al rumbo a seguir, es innegable que en la actualidad China es el único Estado socialista que puede ser considerado una gran potencia en el contexto internacional.

En suma, nadie puede negar que ha sido derrotado un bloque formado por un numeroso contingente de países, pero no por todos los que se reclamaban socialistas: en concreto, ha caído el bloque socialista que giraba en torno a la URSS, sobre el que había recaído el mayor peso, y también el mayor desgaste, durante la guerra fría. Este bloque, formado mayoritariamente por las democracias populares de la Europa centro–oriental, es también el que, por su cultura y tradiciones, era más permeable a la ideología liberal–capitalista exportada por sus vecinos occidentales.

Sin pretender en modo alguno reducir la caída del Este europeo a una mera "contaminación" ideológica, es una realidad que buena parte de los países no europeos que conformaron el antiguo bloque soviético no han abandonado voluntariamente el modelo socialista, sino que se han visto obligados a introducir reformas estructurales para evitar el aislamiento y la creciente presión de los poderes imperialistas, que actúan ahora bajo la coartada de la defensa más exigente de la democracia y de la paz mundial.

⁶ Junto a los movimientos de liberación nacional y al movimiento obrero de los países capitalistas. Para conocer esta concepción sistémica del "proceso revolucionario mundial", puede verse, por ejemplo, ZAGLADIN, V.: *El movimiento comunista internacional. Bosquejo de estrategia y táctica*. Moscú, 1973, pp. 70–109.

⁷ Garantizan esta posición de fuerza de la República Popular China su extraordinario potencial demográfico y económico, recursos institucionales tales como el derecho de veto en la ONU y, cómo no, la posesión de un importante arsenal con armamento atómico.

Con una y otra bandera acosan a quienes, como Cuba o Corea del Norte, respectivamente, todavía se resisten a abandonar la senda, incierta y contradictoria, de la construcción socialista. Sin embargo, el escaso apoyo que, pese a las condiciones del cerco internacional, alcanzan en las poblaciones de estos países las propuestas de la restauración capitalista, envueltas en un discurso democratizador y modernizador, no hace más que confirmar lo ya expuesto respecto a los distintos rostros del capitalismo: sin duda, la contemplación de la periferia del sistema no posee la misma capacidad de ensoñación que un paseo por la zona comercial de Hamburgo.

2. La guerra de los 50 Años.

Como hemos adelantado, el hundimiento del bloque soviético responde a la conjunción de dos grandes factores. De un lado, la derrota político-militar del complejo de fuerzas acumuladas en torno a la Unión Soviética; de otro, el fracaso de la construcción socialista inspirada, y en ocasiones exportada, por el País de los Soviets. Es conveniente, pues, disociar lo que es una derrota político-militar sin paliativos⁸, cuyo golpe de gracia fueron los extraordinarios avances en la investigación armamentística cosechados por los EE.UU. durante el mandato de Ronald Reagan (la llamada "Guerra de las Galaxias", impulsada en marzo de 1983)⁹, de los procesos internos que han conducido a la restauración pacífica del capitalismo en los antiguos países socialistas.

En cuanto a lo primero, la década de los 80 puso de manifiesto el agotamiento de la estrategia del ajedrez, preconizada por los ideólogos brezhnevianos durante la década de los 70¹⁰: a diferencia de lo ocurrido en las décadas anteriores, ni un sólo país engrosó las filas del socialismo desde que en 1979 lo hiciera, con todas las matizaciones que cabría hacer a su modelo, la Nicaragua sandinista. Por el contrario, revoluciones de inspiración soviética, como la de Afganistán, no lograron asentarse ni aun contando con la intervención militar del todavía considerado gigante socialista. El imperialismo no estaba dispuesto a permitir que el bloque soviético ocupase una sola casilla más del tablero, por insignificante que fuese, y lo demostró aplastando sin contemplaciones el embrión socialista surgido en la pequeña isla de Granada.

Por otro lado, el hecho de que el abandono de las formas socialistas se haya producido en la mayor parte de los casos bajo la forma de la transición pacífica, con un significativo respaldo no sólo de las cúpulas dirigentes, sino de las propias poblaciones, revela la falta de legitimidad democrática y la escasa vitalidad que, al menos en los últimos tiempos, habían alcanzado las instituciones del sistema. Expresiones como "revolución de terciopelo", para referirse a la rápida transición en Checoslovaquia, ponen de manifiesto la mínima influencia de los defensores del modelo y la nula capacidad de las estructuras socialistas para, siquiera sea por la inercia que acompaña a todo movimiento, resistirse a ser desmanteladas. Y es que a fines de los 80 el impulso tendente a continuar la edificación de la sociedad socialista en la URSS y la Europa centro-oriental carecía casi por completo de vigor¹¹.

⁸ Como ha demostrado palmariamente BLUTH, Ch.: *The collapse of Soviet military power*. Aldershot, 1995.

⁹ Sobre este tema, Vid. BARDAJI, R. L.: *La "Guerra de las Galaxias" (Problemas y perspectivas de la nueva doctrina militar de la administración Reagan)*. Madrid, 1986. La Iniciativa de Defensa Estratégica fue abandonada por el Pentágono el 13 de mayo de 1993, una vez cumplido su objetivo, y sustituida por un nuevo proyecto de defensa anti-misiles más modesto, a partir de misiles interceptores en tierra.

¹⁰ Cfr. EDMONDS, R.: *Política exterior soviética (1962-1973)*. Madrid, 1977.

¹¹ Desde diferentes ópticas, casi todos los autores coinciden en ello: CASTELLS, M.: *La nueva*

En síntesis, el desequilibrio en la correlación de fuerzas a nivel internacional explicaría la derrota político-militar del bloque y la consiguiente desarticulación del sistema, a lo que habría que sumar por supuesto la obligada restauración capitalista en los territorios conquistados, *casus belli* y condición innegociable para los vencedores. Pero la forma pacífica y socialmente consensuada en que tiene lugar primero la capitulación y, posteriormente, la transición hacia el régimen social capitalista, dejan a plena luz que estamos también ante el fracaso palmario de una experiencia socialista, la vigente en la URSS y en las llamadas democracias populares de la Europa oriental, incluyendo a Albania y Yugoslavia, disociadas del bloque más por razones de Estado que por el hecho de poseer concepciones y prácticas radicalmente distintas en lo que se refiere a la construcción del socialismo.

Cabría además reflexionar sobre el escaso interés y la falta de apasionamiento con que los sucesos del Este han sido contemplados por la ciudadanía de los países occidentales. ¿Hubiese sido imaginable tal indiferencia en los años veinte, cuando la URSS era todavía vista como la Patria de todos los trabajadores? Evidentemente, no. Para comprender esta reacción es necesario referirse a una serie de factores, entre los que no cabe, desde luego, despreciar la eficacia de los mecanismos de control ideológico desarrollados por el capitalismo durante la guerra fría. Sin embargo, interesa también resaltar la propia responsabilidad del sistema socialista en este alejamiento.

En concreto, la existencia de Estados socialistas, explicable por la forma concreta en que tuvo lugar la instauración del socialismo en nuestro siglo, actuó jerarquizando los diversos contingentes socialistas del planeta de acuerdo con un criterio que colocaba en la cúspide de la pirámide a las grandes potencias –primero la URSS y luego, parcialmente, China–, en un segundo nivel los Estados socialistas europeos articulados en torno a la URSS, más abajo los nuevos Estados socialistas o afines surgidos de las revoluciones democrático-nacionales acaecidas en la periferia del capitalismo, y, por último, las fuerzas obreras y socialistas de los países capitalistas, tanto del centro como de la periferia, que no habrían logrado acreditar plenamente su valía por medio de una revolución victoriosa.

De este modo, no fue difícil imponer con frecuencia la razón de Estado, por encima de los intereses generales de los pueblos, y se consolidó una suerte de tutela ejercida por los Estados socialistas y, en particular, por la URSS (y en su nombre, por el PCUS), sobre los partidos y organizaciones de orientación socialista que trabajaban en el ámbito de dominación del capitalismo¹². Asimismo, las divergencias entre Estados, los contenciosos chino-soviético y soviético-albanés, tuvieron una no siempre justificada traslación a los partidos comunistas del mundo capitalista, que casi inmediatamente se fragmentaron en tendencias irreconciliables, cuya lógica a menudo tenía más en cuenta los vaivenes de las relaciones internacionales que el análisis concreto de la realidad que se pretendía transformar.

No debe extrañar, pues, que los trabajadores occidentales, ajenos en todo a estos enfrentamientos, confundidos y desalentados por los feroces ataques que observaban, y deseosos de encontrar un apoyo efectivo en la defensa de sus aspiraciones más inmediatas, acabaran por aceptar los viejos dogmas de la reforma social, propagados por socialdemócratas y eurocomunistas, y por retirar su confianza a esta pléyade de

revolución rusa. Madrid, 1992; CARRERE D'ENCAUSSE, H.: *El triunfo de las nacionalidades. El fin del Imperio soviético*. Madrid, 1991; EGUIAGARAY, F.: *Europa del Este. La revolución de la libertad*. Madrid, 1991; LONGARES ALONSO, J.: "La revolución de 1989 vista por los europeos de 1990". *Atlántida*, 4 (1990), pp. 62–71.

¹² Así sucedió, por ejemplo, con la "teoría campista" o *de los dos mundos*, formulada en 1947, Cfr. CLAUDÍN, F.: *La crisis del movimiento comunista*, I. Barcelona, 1977, pp. 355–360.

organizaciones que se definían más por su filiación internacional (prosoviéticos, prochinos, proalbaneses) que por ofrecer respuesta a los problemas reales de la ciudadanía.

Junto a todo esto, las políticas de protección y asistencia social desarrolladas en nuestro siglo por los gobiernos occidentales, acabaron por consumir el divorcio entre los trabajadores de los países desarrollados y los Estados socialistas asentados en el Este de Europa. Formalmente, la clase obrera había alcanzado el poder político en el Este, por lo que sus esfuerzos debían ir ahora orientados a la edificación socialista y a la defensa de las jóvenes democracias populares frente a una eventual agresión del imperialismo. En Occidente, el bloque dominante tomó buena nota de los riesgos que podrían derivarse de una intensificación de la conflictividad social y, en particular, de la función ejemplificadora que los regímenes del Este podían ejercer para una clase obrera desposeída de los más elementales derechos en el orden socio-laboral. Para conjurar este peligro, el sistema capitalista adoptó en los países del centro políticas sociales tendentes a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros. La socialdemocracia contribuyó a este fin popularizando el término enormemente engañoso de "Estado del bienestar" para referirse a lo que nunca dejó de ser otra cosa que el Estado capitalista¹³; a cambio, le fue facilitado el acceso a los gobiernos occidentales para, haciendo valer una cierta tradición que la vinculaba a la izquierda y a la defensa de los trabajadores, gestionar la aplicación de estas políticas asistenciales durante el tiempo que pudiese durar la guerra fría.

Sólo quedaban por solventar problemas de orden técnico: cómo financiar las inversiones sociales y cómo deshacerse, llegado el momento, de los siempre molestos gestores socialdemócratas. Lo primero fue resuelto haciendo uso de un factor de coyuntura, la atenuación de la competencia interimperialista, consecuencia lógica de la derrota de Japón y Alemania en la guerra; la suspensión temporal, primero forzosa y posteriormente pactada, de la competencia que había conducido ya a estos mismos protagonistas a dos guerras mundiales, permitió estabilizar las tasas de ganancia e incorporar a la contabilidad de las empresas, como gastos fijos, las contribuciones destinadas a financiar la protección social de los trabajadores. En otras palabras, se canalizó una parte de la plusvalía, eliminados los riesgos de la competencia, hacia el Estado capitalista para que éste pudiera ejercer funciones que, como la inversión o la asistencia social, no le serían propias en otras circunstancias.

Pero el grueso de la plusvalía destinada a estos fines provino justamente de las regiones más pobres del planeta, en virtud de la práctica imperialista. Lógicamente, el pacto de no agresión entre los grandes polos del capitalismo no contenía cláusula o ventaja alguna para la periferia; es más, el intercambio desigual se intensificó durante los años de la guerra fría, lo que en buena medida explica también el auge que los movimientos democráticos y antiimperialistas alcanzaron en aquel tiempo. Lo cierto es que, delimitadas las áreas de influencia y pactadas las reglas del juego económico, las potencias imperialistas se lanzaron a saquear, con mayor avidez si cabe, los recursos de sus antiguas colonias; una sangría que aún hoy continúa provocando el hambre, la miseria y la muerte en la periferia del sistema.

En cuanto a la socialdemocracia, después de 1945 el bloque dominante vio en ella un excelente aliado para devolver la credibilidad a los sistemas parlamentarios en la Europa occidental, seriamente cuestionados entre la ciudadanía por su incapacidad para evitar el ascenso del nazifascismo. La organización socialdemócrata, de probada fidelidad democrática y sobre todo profundamente anticomunista, podía muy bien representar a la

¹³ Vid. OFFE, C.: *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid, 1990. Referido específicamente al caso británico, aunque con diferente perspectiva, BROWN, J.: *The British Welfare State: a critical history*. Oxford, 1995.

izquierda en el mapa político, sin riesgo alguno para la estabilidad del sistema. Era, por tanto, idónea para ejecutar en la esfera de lo social las políticas de "contención" propugnadas en el ámbito internacional por los estadistas conservadores (y, en particular, por Churchill).

Así, la socialdemocracia alcanzó pronto el gobierno de los principales países europeos y, como se esperaba de ella, aplicó las políticas sociales destinadas a crear la imagen de un nuevo modelo de Estado, el "Estado del bienestar", alternativa extremadamente competitiva al "Estado socialista" vigente al otro lado del telón de acero. Sus ideólogos proclamaron, no siempre ingenuamente, que estaba verificándose el tránsito pacífico y gradual al socialismo, a un socialismo democrático y opulento, que tenía –según este discurso– sus raíces en Marx y no en la teorización autoritaria y orientalizante de Lenin. Nadie se preguntaba, por supuesto, de dónde procedían los recursos que posibilitaban tan inesperado bienestar ni cómo era posible que las leyes de la competencia no actuaran en pleno centro del sistema capitalista.

Pero el sueño socialdemócrata tuvo un duro despertar. A pocos meses ya de que el bloque dominante decretase su relevo, todavía algunos ideólogos de la socialdemocracia se frotaban las manos contemplando el hundimiento del socialismo real, augurando el triunfo definitivo del socialismo democrático sobre el comunismo. Ciegamente no entendían que lo que ellos denominaban "caída del comunismo" no podría ser jamás interpretado como la victoria del socialismo, dado que el comunismo, con mayores o menores simpatías, era para casi todos el socialismo "real", es decir, el socialismo llevado a la práctica. Sin saberlo, la socialdemocracia, privada ya del objetivo estratégico de la construcción socialista, que había quedado completamente desprestigiado tras el fracaso de la experiencia soviética, sólo contaba para conservar su predominio con el balance de su gestión al frente del sistema capitalista durante la guerra fría y eso, dadas las nuevas circunstancias, era bien poco.

En efecto, las políticas sociales y toda la tramoya del "Estado del bienestar" han comenzado a ser retirados del escenario con una celeridad que, sólo por ello, podría dar la impresión de que estamos ante un auténtico *crack* de la economía¹⁴. Pero nada más lejos de la realidad. Todo lo contrario, el capitalismo reactiva sus constantes vitales, se apresta a competir. No existiendo ya el peligro del bloque socialista, el enemigo común, ¿qué sentido tendría mantener la ficción de una clase obrera influyente y opulenta en Occidente? Ahora parece cada vez más claro: los socialdemócratas han hecho su trabajo, es el tiempo de la nueva derecha. Kohl, Chirac, nadie mejor para gestionar las políticas neoliberales diseñadas por los centros del poder económico. Por mucho que la socialdemocracia extienda los límites de su moralidad y desdibuje su ideario hasta sobrepasar, con fe de converso, a la propia derecha en la defensa del capitalismo, será muy difícil que alcance algo que nunca han perdido las fuerzas liberal-conservadoras: la confianza del sistema.

3. Preparar el escenario de la victoria.

Ciertamente, ya a comienzos de los 80 los estrategas occidentales veían al alcance de la mano la tan ansiada victoria en lo que R. Crockatt ha denominado, con fortuna, la Guerra de los 50 Años¹⁵. Las fuertes inyecciones de dinero destinadas a la investigación armamentista

¹⁴ Sin embargo, ya antes del supuesto *crack*, y al calor de la ya evidente desintegración del bloque soviético, habían comenzado a proliferar propuestas tendentes a liquidar el modelo, Vid. por ejemplo, JOHNSON, N.: *El Estado del Bienestar en transición. La teoría y la práctica del pluralismo de bienestar*. Madrid, 1990.

¹⁵ CROCKATT, R.: *The Fifty Years War: the United States and the Soviet Union in World politics*,

y a la industria bélica, impulsadas en estos años por la administración republicana, revelan hasta qué punto los EE.UU. consideraban posible alcanzar la supremacía militar y poner fin al llamado equilibrio estratégico¹⁶. Paralelamente, intensificaron la presión política e ideológica sobre los regímenes socialistas y, en particular, sobre la Europa centro-oriental, cuyas poblaciones se vieron también bombardeadas por una intensa y sistemática propaganda que exaltaba los múltiples beneficios del paso al capitalismo. Esta doble ofensiva, militar y política, contó en todo momento con el aval de una supuesta superioridad económica, presentada hábilmente al cotejar los altos niveles de desarrollo del centro capitalista (alcanzados, en buena medida, como vimos, por la secular explotación de la periferia) y los modestos avances experimentados por las sociedades de la Europa oriental, tradicionalmente agrarias y desestructuradas.

En estas condiciones, el imperialismo se planteó dos objetivos, cuya ejecución se convertiría en el eje fundamental del trabajo político durante la década de los 80: preparar a la derecha para gobernar, de acuerdo con los postulados neoliberales, en los países del Occidente europeo y hacer desaparecer del escenario político las entonces ya debilitadas opciones comunistas y revolucionarias. Ambas metas debían verse culminadas en el momento en que, como era previsible, cayese el telón de acero y se reactivase la competencia entre los tres grandes polos del imperialismo contemporáneo¹⁷. El capitalismo impulsaría entonces una gran crisis, diagnosticada por todos sus expertos como una dura recesión, tendente a dismantelar las estructuras de asistencia y protección social que, habiendo sido útiles durante la guerra fría, carecerían ya de toda utilidad para hacer frente a los nuevos retos del sistema. El enemigo habría dejado de ser el socialismo y volvería a ser, como siempre en el capitalismo, el propio capitalismo. La falsa recesión, realmente una crisis expansiva autoprovocada, aportaría al enfrentamiento entre los polos imperialistas los recursos necesarios para garantizar la competencia; en otras palabras, la plusvalía volvería a estar regulada por el mercado y las nuevas políticas neoliberales posibilitarían el incremento hasta el límite de la tasa de explotación.

Ya hemos dicho que la ejecución de estas políticas, dado su rigor y la previsible contestación social, debía encomendarse a gestores de confianza, cuya rancia adhesión a los principios del liberalismo impidiese aventuras y polémicas innecesarias. La nueva derecha, desprovista ya, al menos exteriormente, de sus vínculos con el nazifascismo, comenzó a verse en Europa –incluso en países que, como España, habían sufrido una dictadura hasta mediados de los 70– como una posible alternativa de gobierno. La dureza de ensayos como el llevado a cabo en el Reino Unido durante el mandato de la Dama de Hierro, que provocó un fuerte cisma social¹⁸, no impidió que el imperialismo avanzase con paso firme en este sentido. Hoy la derecha gobierna ya con amplias mayorías en los tres grandes Estados del Occidente europeo: Alemania, el Reino Unido y Francia; la presencia de una importante minoría postfascista en la Cámara italiana no hace más que resaltar hasta qué punto esta nueva derecha no es más que la vieja derecha, la derecha que en situaciones difíciles no duda en impulsar opciones autoritarias o totalitarias.

Pero, gestionar de forma rentable una gran crisis que tiene por objeto retrotraer las

1941–1991. London, 1995.

¹⁶ Muy clarificadores, Cfr. HALVERSON, T. E.: *The last great nuclear debate: NATO and short-range nuclear weapons in the 1980s*. London, 1995, pp. 185–199; CIMBALA, S. J.: *US military strategy and the Cold War endgame*. Ilford, 1995, pp. 245–260.

¹⁷ Cfr. BARTLETT, C. J.: *The global conflict: the international rivalry of the great powers, 1880–1990*. Harlow, 1994, pp. 379–393. Sobre los posibles desarrollos de la situación actual, resulta útil la lectura de la obra compilada por MASON, T.D.–TURAY, A.M.: *Japan, NAFTA and Europa: trilateral cooperation or confrontation?*. London, 1994.

¹⁸ Cfr. GAMBLE, A.: *The free economy and the strong state: the politics of Thatcherism*. London, 1994, pp. 265–274.

relaciones sociales de producción al estadio en que se encontraban hace más de un siglo no sólo precisa gobiernos de confianza, sino que exige anular por completo los mecanismos de resistencia de los trabajadores. De ahí el segundo objetivo señalado: la eliminación del comunismo como alternativa política con una mínima capacidad de intervención social. Contó el capitalismo con la inesperada colaboración, no siempre desinteresada, de quienes teorizaron, al unísono con la socialdemocracia, el llamado "eurocomunismo". A las divisiones y enfrentamientos provocados por la irrupción en el ámbito del comunismo de esta nueva forma de socialismo utópico, habría que unir los ya señalados, derivados de la fragmentación de un movimiento comunista internacional articulado en torno a formaciones estatales.

Surgieron además competidores por doquier, fuerzas de todo tipo que, partiendo siempre de una crítica radical al "viejo" comunismo, propugnaban alternativas a la socialdemocracia desde la izquierda. Sin cuestionar la legitimidad y, en muchos casos, el aporte teórico de estas nuevas opciones, es evidente que detrajeron la mayor parte de sus fuerzas del ámbito de influencia del comunismo y que su descalificación sistemática de las realidades del socialismo contribuyó a dar credibilidad a un buen número de falacias elaboradas por la propaganda capitalista durante la guerra fría. Como consecuencia de todo ello y de los aparentes éxitos de las políticas socialdemócratas al frente de los Estados capitalistas, ya a comienzos de los 80 el comunismo había bajado en todos los países de la Europa occidental, excepto en Italia, a niveles cercanos al 10 por ciento de la representación electoral.

Sin embargo, la mera existencia de fuerzas que conservasen todavía la denominación de comunistas era vista como un peligro por los ideólogos y estrategas del sistema. Era necesario dar un paso más. Y había que aprovechar el impacto que sobre las organizaciones sociales y sobre la opinión pública se pretendía que tuviese la victoria del capitalismo en la guerra fría. Perdida esta oportunidad los riesgos serían imprevisibles. Primero el desencanto y, después, quién sabe. Los esfuerzos que habrían de exigirse a los trabajadores "para hacer frente a la crisis", podrían reanimar la vida lánguida de las organizaciones comunistas subsistentes¹⁹. Un impulso mucho mayor si, como no era descartable, la competencia económica demandaba fórmulas políticas autoritarias e incluso provocaba enfrentamientos militares. Este tránsito acelerado de la guerra fría, no a la paz, sino a la guerra caliente, podría bien ser la inyección que reanimase del coma a las organizaciones comunistas.

Para conjurar estos peligros, el sistema sometió a una constante y demoleadora crítica todos los presupuestos ideológicos y cada una de las realidades prácticas del comunismo. Como nunca antes, se proclamó en la segunda mitad de los 80 el fin del comunismo, materializado en la caída del bloque soviético, y fueron muchos los que a uno y otro lado del antiguo telón de acero abandonaron el nombre de comunistas y pusieron fin a tradiciones de lucha tan poco cuestionables como la del PCI. En tales circunstancias, surgieron iniciativas tendentes a la reunificación de socialistas y comunistas en las llamadas "casas comunes" de la izquierda, y no faltó quien, haciéndose eco de este llamamiento –y sin demasiadas exigencias teóricas–, abandonó con armas y bagajes las filas del comunismo y se incorporó sin más a los todavía poderosos partidos socialistas. Asimismo, la asfixiante presión de las llamadas exigencias democráticas llevó a otros contingentes comunistas a ocultarse y diluirse hasta tal punto en nuevas formaciones de izquierda, ideológicamente eclécticas, que han perdido toda autonomía para llevar a cabo la intervención política. En fin, todo había quedado como estaba previsto. Vía libre a la crisis.

¹⁹ Como, en cierto modo, ha comenzado a suceder en los antiguos Estados socialistas, donde formaciones que conservan la denominación de "comunistas" han cosechado ya triunfos electorales importantes.

4. Las claves de la *Pax americana*.

Recapitulando, el fin de la guerra fría ha supuesto: la recuperación del monopolio planetario del capitalismo como único sistema mundial, la reactivación de la competencia y de los conflictos interimperialistas, el reforzamiento de la presión sobre la periferia capitalista y el fortalecimiento de las estructuras autoritarias en los antiguos Estados democráticos de Occidente. Por lo que se refiere a los antiguos países socialistas, la situación ha sido analizada en páginas anteriores.

Europa, la vieja Europa, escenario preferente de dos guerras mundiales, es también la que con mayor intensidad ha vivido el fin de la guerra fría. No en balde, la caída del bloque soviético ha afectado mayoritaria y principalmente a los regímenes socialistas de la Europa central y oriental. Aunque se trata de un proceso que a todas luces tiene carácter planetario, el continente europeo es, sin duda, la región más afectada geopolíticamente por la desaparición del bloque socialista²⁰. Como ya advirtió H. Kissinger en 1990²¹, las fronteras cuidadosamente negociadas en Yalta y Potsdam y reafirmadas de forma unánime por todos los países participantes en la Conferencia de Helsinki (1975) han quedado pulverizadas en los últimos cinco años. Nada similar ha sucedido en los otros dos polos imperialistas, la Gran Área americana y el espacio económico dominado por los japoneses en el Asia oriental.

El bloque soviético neutralizaba básicamente el territorio de expansión natural de una Alemania que, dividida por deseo de los EE.UU. y sus aliados europeos, en dos Estados separados, dejaba de ser un peligro para la hegemonía mundial del coloso americano. Las democracias populares se asentaban justamente en el *espacio vital* alemán, que desde antiguo fue visto por los estadistas germanos como una sucesión de semicírculos concéntricos en torno al núcleo centroeuropeo: primero la franja que uniría el Báltico y Polonia con los Balcanes y, más lejos, la extensa Rusia blanca y Ucrania. Privada Alemania de su unidad y de sus "colonias" interiores, poco podía hacer frente a unos EE.UU. que basaban su hegemonía en una contundente victoria militar y en el peligro de un hipotético avance socialista.

Aunque en otras circunstancias, el mismo patrón estratégico se aplicó en el extremo oriental de Asia, donde dos bombas atómicas se encargaron de señalar a quién correspondería el liderazgo en la postguerra²². El establecimiento de un régimen socialista en China, el gran mercado y la inmediata periferia del polo imperialista nipón, contribuyó igualmente a bloquear un posible renacimiento de Japón²³ y tuvo el mismo efecto disuasorio que para Alemania la inmediatez de las democracias populares. La protección de los EE.UU. era, por tanto, una póliza que sus dos viejos competidores estaban obligados a suscribir... al menos mientras existiese el bloque socialista.

²⁰ Entre la amplísima bibliografía aparecida en los últimos años sobre esta cuestión, cabría destacar MIALI, H. (ed.): *Redefining Europe: new patterns of conflict and cooperation*. London, 1994; DUKE, S.: *The new European security disorder*. London, 1994; TAYLOR, T.: *European security and the former Soviet Union: dangers, opportunities and gambles*. London, 1994.

²¹ El ex-secretario de Estado norteamericano apostaba por un sistema de seguridad europeo que tuviese muy en cuenta los intereses de Polonia, Checoslovaquia y Hungría, territorios especialmente conflictivos en el pasado, Cfr. KISSINGER, H.: "A plan for Europe". *Newsweek*, 18 de junio de 1990.

²² Cfr. ALPEROVITZ, G.: *Atomic diplomacy: Hiroshima and Potsdam: the use of the atomic bomb and the American confrontation with Soviet power*. London, 1985, pp. 310-340.

²³ Acerca de esta secular disputa por la hegemonía en Asia Oriental, puede verse HOWE, Ch.-HOOK, B.: *China and Japan: history, trends and prospects*. Oxford, 1996.

No extraña, por tanto, que la cúpula estadounidense opusiese tan débil resistencia a los esfuerzos de Stalin y la cúpula soviética, tendentes a establecer regímenes socialistas en la Europa centro-oriental y que, paradójicamente, se negase a restaurar un único Estado alemán, aunque neutral y desmilitarizado. Es más, la administración estadounidense barajó muy seriamente, en los primeros momentos de la postguerra, la opción de desindustrializar Alemania²⁴, algo que no sólo explicita el móvil de la guerra, sino que revela el auténtico miedo de los EE.UU. en esos años: el resurgimiento alemán. La negativa soviética a realizar lo propio en la zona oriental evitó, por razones obvias, que estos planes llegaran a consumarse.

Por lo que respecta al otro enemigo, Japón, el apoyo meramente formal que los anticomunistas recibieron para impedir el triunfo de la revolución socialista en China y su definitiva reclusión en la pequeña isla de Taiwán, dan una medida bastante precisa del interés que los norteamericanos tenían por evitar la instauración del socialismo en la China continental²⁵. El mantenimiento de una frágil China republicana hubiese dejado abierto el paso al expansionismo japonés. Una función similar cumplió, cerrando una de las vías naturales de penetración económica y militar de Japón, la división de la península de Corea y la pervivencia en el norte de un Estado socialista, enemigo, según la dialéctica de bloques, del desmilitarizado Imperio nipón.

Pasado el tiempo, uno tiene que la extraña sensación de que el establecimiento del sistema socialista mundial no sólo no debilitó, sino que pudo beneficiar, y mucho, a los EE.UU., dado que bloqueó la expansión económica y política de sus tradicionales competidores y los colocó en una situación dependiente en el ámbito de la defensa. Es significativo que en el extenso continente americano, pese a las duras condiciones impuestas por la dominación imperialista, sólo Cuba y, durante un breve período Nicaragua, lograron implantar regímenes de orientación socialista²⁶. En Asia oriental, sin embargo, el socialismo no sólo consiguió establecerse en China y en Corea, sino también en países como Vietnam, Laos o Camboya, que habían constituido históricamente la periferia del Imperio japonés.

Todo lo dicho no significa, obviamente, que la génesis y el desarrollo de lo que fue el sistema socialista mundial deba interpretarse como el resultado de una estrategia previamente diseñada por el imperialismo norteamericano. Las revoluciones, los avances y retrocesos en la lucha social en cada región, son expresiones de los conflictos sociales propios y en modo alguno ésta puede someterse al rígido formato del maquiavelismo político. El impulso del socialismo en la segunda postguerra posee, sin duda, sus propios motores. Sin embargo, parece claro que los EE.UU., los auténticos vencedores de la segunda gran guerra, tenían ante sí distintas opciones en torno a dos temas centrales: cómo afianzar su predominio sobre los antiguos enemigos y cómo hacer frente del modo más seguro al avance del socialismo.

Canalizar el empuje socialista, entonces poderoso, de los trabajadores y de los pueblos

²⁴ El denominado Plan Morgenthau, presentado por el entonces Secretario del Tesoro norteamericano Hans Morgenthau, propugnaba el desmantelamiento industrial de toda Alemania y fue la alternativa al Plan Marshall, finalmente adoptado, por el que la Alemania occidental mantenía sus bases industriales y sus estructuras capitalistas en el ámbito de influencia de los EE.UU. Sobre este período, Vid. DIFENDORF, J. M. et al.: *American policy and the reconstruction of West Germany, 1945-1955*. Cambridge, 1993.

²⁵ Algunas pistas insólitas pueden hallarse en la lectura de GARSON, R.: *The United States and China since 1949: a troubled affair*. London, 1994.

²⁶ Sobre los imperativos geoestratégicos derivados de la persistencia del régimen cubano en la Gran Área, Vid. RODRÍGUEZ BERUFF, J.-GARCÍA MUÑIZ, H. (ed.): *Security problems and policies in the post-Cold War Caribbean*. London, 1996.

hacia las áreas de expansión de sus competidores, manteniendo un férreo control en la suya propia, no es una solución disparatada. Como tampoco lo es no gastar más energías de las necesarias en impedir la creación de Estados socialistas, auténticos tapones, en dichas zonas. Para mantener su imagen y el liderazgo ante sus socios, y también para poner coto al avance del socialismo, es cierto que los EE.UU. ejercieron en todo momento su función de gendarme mundial, pero no lo es menos que se emplearon con desigual contundencia según los casos y que en todo momento trataron de conjugar los dos objetivos antes señalados: subordinar a unos y frenar a otros²⁷.

No parece, por tanto, que fuesen los más interesados en poner fin a la guerra fría, aunque siempre consideraron inevitable la llegada de este momento y se prepararon hasta donde fueron capaces, con una antelación de diez años, para conservar su predominio en las nuevas condiciones²⁸. Es decir, cuando detectaron que los regímenes socialistas no serían capaces de subsistir por mucho tiempo, vista su dinámica interna, redoblaron su presión a fin de convertir su caída también en una victoria político-militar del bloque capitalista por ellos liderado y, por tanto, de ellos mismos. De ahí que, conseguido este objetivo, se apresurasen a proclamar el advenimiento de un "nuevo orden mundial" –algo inevitable tras la caída del bloque soviético–, aunque en su teorización se limitaran a dar un carácter planetario al sistema capitalista tal y como éste había venido existiendo durante la guerra fría²⁹. Es decir, un núcleo, los EE.UU., que ostentarían el liderazgo y la hegemonía político-militar; en torno a él, un centro formado por los países capitalistas más desarrollados, incluidos Japón y Alemania, aliados durante la guerra fría, y, finalmente, distintas periferias que acabarían englobando a la totalidad del planeta. Caben, sin embargo, muy serias dudas de que ésta sea también la idea con la que se trabaja en la nueva Alemania y en el Imperio nipón.

II. DE BISMARCK A KOHL: EL ETERNO RETORNO ALEMÁN.

Los cambios más importantes, ya lo hemos adelantado, se están dando en el Viejo Continente europeo. Si echamos un vistazo a las fronteras pocos podríamos deducir que en los últimos años ha avanzado la llamada unidad europea. A primera vista resulta todo lo contrario: en la zona europea, la desintegración de la URSS ha dado vida a siete nuevos Estados independientes (la Federación Rusa, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Estonia, Letonia y Lituania); donde hasta hace muy poco convivieron sin el menor problema checos y eslovacos ahora existen dos formaciones estatales diferenciadas; en los Balcanes, cuatro de las seis repúblicas que habían formado hasta 1991 la Federación Yugoslava (Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia) proclamaron su independencia, mientras las dos restantes (Serbia y Montenegro) mantienen una federación que no ha sido reconocida internacionalmente. En total, catorce nuevos Estados en un territorio que, excluida la Federación Rusa, apenas supera la extensión de Perú o de Libia.

En contraste con esta auténtica desintegración de las formaciones estatales de la Europa oriental, incluida la propia URSS, el final de la guerra fría ha posibilitado la unificación

²⁷ Aportan algunas claves novedosas sobre la política exterior norteamericana durante la guerra fría COHEN, W. I. et al.: *Lyndon Johnson confronts the world: American foreign policy, 1963–1968*. Cambridge, 1994; MARTEL, G. (ed.): *American foreign relations reconsidered, 1890–1993*. London, 1994.

²⁸ Cfr. BOWEN, W. Q.–DUNN, D. H.: *American security policy in the s: beyond containment*. Aldershot, 1996, pp. 7–25. Vid. también DAVIES, Ph. J. (ed.): *An American quarter century: US politics from Vietnam to Clinton*. Manchester, 1995.

²⁹ Las dificultades norteamericanas para mantener el liderazgo tras la victoria en la guerra fría pueden verse en COX, M.: *US foreign policy after the Cold War: superpower without a mission?*. London, 1995.

alemana. Una Europa dividida en dos bloques con fronteras estables, con estructuras de integración económica y alianzas político–militares sólidas, cuya línea de fractura estaba precisamente en la partición de Alemania, ha visto cómo en pocos meses quedaba restaurada la unidad del centro y cómo el antiguo bloque oriental estallaba en pedazos.

1. Alemania, condenada a renacer.

La historia de Europa enseña que, hasta el momento, sólo se han conocido dos grandes fórmulas para organizar la convivencia continental: la división en bloques y el Imperio. Al menos desde la partición del Imperio Romano, que había logrado unificar por primera vez la mayor parte de la geografía continental, y hasta nuestros días, las dinámicas del occidente y del oriente europeos han seguido trayectorias bien distintas, lo que ha posibilitado la formación de bloques a menudo antagónicos. Dejando a un lado pugnas como la que, en los albores de la Modernidad, condujo al reparto de Europa entre los reinos cristianos de occidente y el poderoso Imperio Otomano, cuya inercia ha persistido hasta hace menos de un siglo, es constatable que en la época contemporánea la existencia de bloques no ha sido un elemento extraño en la historia europea. Todo lo contrario.

Junto a la estructura de bloques, Europa ha conocido no pocos intentos de articular su territorio y sus poblaciones en el marco de Imperios de ámbito continental. Aunque se han dado también otras experiencias, desde antiguo han predominado las que establecían el núcleo en la franja central de Europa³⁰. Es más, tras la caída de Imperio Napoleónico, a la que sucedió un largo período en que las relaciones internacionales europeas se rigieron por la dialéctica de bloques, las construcciones políticas de carácter imperial han surgido siempre de Centroeuropa y, en particular, del área germánica³¹. Paradójicamente, cuando en los últimos dos siglos ha estado vigente el modelo de bloques, el espacio centroeuropeo ha estado fragmentado y Alemania dividida o amputada.

Si avanzamos, comprobaremos que existe una constante en lo que se refiere al carácter de los bloques, que siempre expresan –o dicen expresar– un enfrentamiento ideológico, una pugna entre distintas cosmovisiones y formas de organizar la vida política, económica y social. Por su parte, los proyectos imperiales buscan siempre encarnar el espíritu europeo, elevar a categoría jurídico–política la esencia de Europa: para unos la razón, la libertad o la democracia, para otros la nación, la raza o la fe cristiana, para todos, sin duda, el interés por establecer la supremacía en el ámbito continental. Es también un hecho que la dialéctica de bloques ideológicos pocas veces ha provocado una guerra en la Europa contemporánea; todas las grandes guerras han sobrevenido por el empuje de los Imperios emergentes. Esto es algo que debemos tener muy presente a la hora de interpretar los conflictos actuales.

Veamos cómo en los últimos dos siglos se alternan uno y otro modelo. Tras la derrota de Napoleón, la lucha entre el liberalismo y la autocracia (si queremos, entre la burguesía y la nobleza) tomó cuerpo en los bloques que dominaron las relaciones internacionales europeas desde 1815 hasta 1870. Fue precisamente la primera unificación alemana la que puso fin a este modelo: el II Reich se convirtió pronto en el árbitro de la diplomacia europea, se incorporó a la carrera imperialista, buscó colonias para sustentar su desarrollo y estableció alianzas que pusieron en peligro los intereses de Inglaterra, la gran potencia mundial³². Como era previsible, esta expansión condujo a la guerra y, tras la derrota, vuelta

³⁰ El Imperio Romano o el Sacro Imperio Romano Germánico, por ejemplo.

³¹ Vid. LOWE, J.: *The great powers, imperialism and the German problem, 1865–1925*. London, 1994.

³² Recientemente han visto la luz dos excelentes revisiones sobre la Alemania del II Reich: BERGHAIN, V. R.: *Imperial Germany, 1871–1914: economy, society, culture and politics*. Sandhills,

a empezar. Alemania se convirtió en República, perdió importantes territorios, cedidos a Polonia, y quedó a merced de los vencedores, que no pocas veces agitaron el fantasma del peligro soviético para asegurar la sumisión del antiguo enemigo; lo mismo sucedió con el otro Imperio germánico, que tras la derrota quedó fragmentado en tres unidades (Checoslovaquia, Hungría y Austria) y vio cómo la nueva Yugoslavia incorporaba las provincias meridionales del Imperio: Croacia, Eslovenia y Bosnia–Herzegovina.

El período denominado de entreguerras estuvo también marcado por la dialéctica de bloques. El cinturón sanitario que debía aislar a la Europa democrática del País de los Soviets sirvió durante algún tiempo también para mantener sujeta a Alemania, pero el impacto de la crisis del 29 aceleró las cosas y, en menos de cinco años la República de Weimar había parido al III Reich: el cinturón sanitario pasó a ser lo que, en el fondo, históricamente, siempre había deseado ser, la periferia autoritaria del nuevo Imperio alemán. El III Reich siguió los pasos del segundo, es decir, impuso su ley en las relaciones internacionales europeas, se reincorporó con vigor a la carrera imperialista, encontró colonias dentro y fuera de Europa y firmó acuerdos que, de nuevo, fueron considerados como una seria amenaza para el imperialismo norteamericano, que había sucedido de forma pactada al Imperio británico en el liderazgo del bloque. Así fue como llegó la guerra y como Alemania volvió a ser derrotada.

Lo acaecido después refleja un extraordinario paralelismo con lo sucedido en la primera postguerra. Alemania retornó al régimen republicano y no sólo cedió nuevos territorios a Polonia, sino que quedó dividida en dos formaciones estatales, en una de las cuales se instauró un régimen socialista integrado en el bloque soviético. La coartada de la amenaza del comunismo cobraba ahora, sin duda, una nueva y más inmediata vigencia. El resto de los territorios del Reich fueron repartidos de acuerdo, en líneas generales, con las fronteras establecidas en la primera postguerra y Yugoslavia volvió a consolidarse como el Estado–tapón que debía impedir, llegado el momento, la expansión alemana hacia los Balcanes, hacia las colonias interiores. De esta forma, la segunda postguerra, como la primera, reactivó en Europa la dialéctica de los bloques ideológicos, mucho más equilibrados territorialmente tras los acuerdos del Yalta y Potsdam. Este equilibrio ha posibilitado, en buena medida, más de cuatro décadas sin guerras en el escenario europeo, el período de paz más prolongado en la historia de nuestro continente.

¿Y el presente? Nuestro tiempo incorpora elementos ya conocidos en anteriores períodos en que ha tenido vigencia en el Viejo Continente la fórmula del Imperio:

- 1) se ha quebrado la dialéctica de bloques ideológicos antagónicos (en este caso, tras el hundimiento del Este);
- 2) se ha consumado con éxito un proceso de unificación territorial en el espacio germánico, y
- 3) se dice que la economía atraviesa una gran depresión.

Veamos cómo estas piezas se conjugan en 1870, 1933 y 1990.

1870–1918. Bismarck y el II Reich.

Para comprender las analogías habría que recordar que la primera unificación alemana, acaecida en 1870, fue el resultado del debilitamiento del entonces bloque oriental autocrático, formado por los Imperios austro–húngaro y zarista, cuya fortaleza durante la décadas anteriores había impedido a Prusia llevar a cabo su objetivo de constituir un Estado–nacional alemán en Centroeuropa. El equilibrio europeo estaba basado,

1994; MOMMSEN, W. J.: *Imperial Germany, 1867–1918: politics, culture and society in an authoritarian state*. London, 1995.

precisamente, en la inmutabilidad de las fronteras diseñadas en el Congreso de Viena (1815). La rápida e incontestable victoria militar prusiana sobre el Imperio austro-húngaro en Sadowa (1866) es el más claro exponente de la extrema fragilidad que ya entonces manifestaba el bloque oriental y, a la vez, del incontenible empuje del nuevo Reich emergente. Desde entonces, los Balcanes se convierten en el escenario de múltiples tensiones y conflictos que reflejan la penetración en la zona del capital y los intereses geoestratégicos alemanes.

Asimismo, a los pocos años de que Europa retornase al modelo imperial la economía inició un viraje crítico bautizado entonces como "gran depresión" (1873–1896). Sin embargo, fue este ciclo depresivo, cuyos efectos sufrieron muy duramente los trabajadores y las capas intermedias de la población, el que permitió a las grandes potencias capitalistas dar el salto al imperialismo y lanzarse a una lucha sin cuartel por el control de los mercados mundiales. Una crisis, en verdad, muy oportuna, pero que a la postre conducirá a la Primera Guerra Mundial.

1933–1945. Hitler y el Tercer Reich.

Por lo que respecta al segundo intento de articular la convivencia europea a partir de la fórmula del Imperio alemán, es también fácil detectar la presencia de los elementos señalados. Sin embargo, en sus relaciones, conforman un cuadro parcialmente distinto. En efecto, en los años 30 fue una auténtica recesión la que posibilitó el ascenso del nazismo y, con éste, la proclamación del III Reich. Como lo había hecho antes, desde su constitución el nuevo Reich dirigió sus miras hacia la Europa centro-oriental y los Balcanes, donde promovió continuos enfrentamientos, fracturas y anexiones tendentes siempre a facilitar su penetración imperialista en la zona y a consolidar la función periférica que los estrategas nazis adjudicaron siempre a las poblaciones de la Europa oriental.

Luego, el choque del imperialismo alemán con el anglo-norteamericano hizo pasar a un segundo plano el antagonismo que ambos mantenían con el bloque socialista, formado entonces sólo por las repúblicas agrupadas en la URSS. Por último, como siempre, la guerra, última forma de la política, en la que no debemos minusvalorar el enorme aporte material y humano de la URSS al bloque aliado, tal vez decisivo para doblegar al III Reich.

1990. Kohl: ¿un nuevo Bismarck?

Conservando la unidad estructural, en la segunda mitad de los 80 las cosas han ocurrido de forma mucho más afín a como se produjeron en el último tercio del pasado siglo. En primer lugar, no se ha verificado el paso a un segundo plano de la contradicción entre bloques ideológicos, sino que hemos vivido la caída y total desarticulación del campo socialista, por lo que este factor ha dejado de existir por el momento en las relaciones internacionales; se restaura, por tanto, la situación existente antes de 1917. En segundo lugar, no ha sido una gran depresión la que ha impulsado el renacimiento alemán, dado que, como ya hemos señalado, no existe realmente tal depresión, sino una crisis oportuna análoga a la que en 1873 posibilitó la primera expansión imperialista³³; en el mismo sentido, mucho nos tememos que, invirtiendo el orden de lo sucedido en los años 30, sea ahora la reunificación territorial –antaño promovida por el nazismo– la que posibilite el resurgimiento de tendencias totalitarias, siguiendo el modelo de lo acaecido en Alemania a fines del XIX.

Por último, al igual que en 1870, ha sido la propia debilidad del bloque oriental –entonces

³³ Para los amantes de las curiosidades provocadas por el azar (aunque ésta podría no ser tan azarosa), cabría apuntar que tanto la primera como esta última "gran depresión" se desencadenan justamente tres años después de que haya tenido lugar la unificación alemana respectiva.

autocrático, luego socialista– la que ha permitido a Alemania recuperar las bases materiales de su hegemonía y desplazar el polo de poder en las relaciones internacionales hacia Centroeuropa³⁴. Es cierto que no ha sido necesario el uso de la fuerza, como en la primera unificación, pero no debemos infravalorar el enorme gasto que la RFA ha debido realizar para "comprar" la unidad. Austria cedió ante la artillería de von Moltke; para doblegar a la URSS y a los países del entorno han sido necesarias las generosas compensaciones del Bundesbank.

En resumen, podemos concluir que a fines de los años 80 el declive del socialismo soviético, motivado por factores de orden interior y exterior, hace desaparecer el juego de fuerzas que impedía la reunificación y, consiguientemente, la consolidación de Alemania como potencia mundial; el imperialismo norteamericano, consciente de la inevitabilidad de tal proceso, se esfuerza, como el alemán –y, en su ámbito, el japonés–, por situarse en las mejores condiciones de cara a un futuro enfrentamiento; para ello, todos aceleran el desmantelamiento de las onerosas estructuras del Estado del bienestar y con este fin consensúan el discurso de la gran recesión, que, aprovechando los efectos desmovilizadores de la caída del bloque socialista, les habrá de permitir arrebatarse en poco tiempo a los trabajadores derechos sociales que habían tardado siglos en disfrutar.

El cuadro posee en verdad –como no podría ser de otra manera– matices propios, específicos de cada período histórico, pero tras un análisis detenido no es difícil percibir una profunda unidad estructural. Lamentablemente, en el horizonte flotan las mismas sombras.

2. Se restaura la arquitectura alemana.

Como ya hemos apuntado, las fronteras han cambiado mucho en poco tiempo. Pero, ¿estamos realmente ante un *nuevo* mapa de Europa? Nos proponemos aquí demostrar que no.

Hagamos un repaso a las modificaciones. Si exceptuamos la temprana secesión de Lituania, cuya proclamación unilateral de independencia tuvo lugar el 11 de marzo de 1990, la primera y más trascendente quiebra del mapa acordado en Yalta y Potsdam es, sin duda, la desaparición de la frontera interalemana en virtud del denominado "Tratado de Unificación" firmado el 3 de octubre del mismo año. Desde entonces, el ascenso irrefrenable del nacionalismo en todo el este europeo condujo a la desintegración en cadena de las tres antiguas federaciones socialistas: Yugoslavia, rota en el verano de 1991³⁵, la URSS³⁶ y, finalmente, Checoslovaquia, cuya división se hizo efectiva el 1 de enero de 1993, fecha en

³⁴ Desde la unificación, Alemania ha vuelto a dirigir sus miras hacia la Europa centro–oriental y, en particular, hacia los Balcanes, en cuya actual guerra en absoluto carece, como luego veremos, de responsabilidad.

³⁵ La proclamación unilateral de independencia de Croacia y Eslovenia tuvo lugar el 25 de junio de 1991; Macedonia adoptará la misma decisión el 8 de septiembre y Bosnia el 15 de octubre. La dimisión, en este último mes, del último presidente federal y el cese, en diciembre, del último presidente del gobierno federal pondrán fin al devenir histórico de la República Socialista Federativa de Yugoslavia.

³⁶ Consumada la temprana secesión de Lituania (11–3–1990), seguida un año después por la proclamación de independencia de Georgia (9–4–1991) y Tadyikistán (9–8–1991), las desvinculaciones se multiplican tras los sucesos de agosto de 1991: primero, las repúblicas bálticas; a continuación las eslavas; Moldavia y, finalmente, las asiáticas. Al finalizar agosto, sólo Armenia, Rusia, Turkmenia y Kazajstán no habrían proclamado oficialmente la independencia, aunque lo harían antes de finalizar el año. El 8 de diciembre, los presidentes de las tres grandes repúblicas eslavas –Ucrania, Rusia y Bielorrusia– decretarán extinta a federación. La URSS había dejado de existir.

que entró en vigor la separación de las repúblicas checa y eslovaca. Así, en menos de tres años el mapa de la Europa centro-oriental quedó hecho añicos.

Las nuevas fronteras resultan, sin embargo, excesivamente familiares. La anexión –disfrazada de unificación– de territorios alemanes, la peculiar fragmentación de Yugoslavia, la separación de checos y eslovacos, la independencia de las repúblicas bálticas, Bielorrusia y Ucrania... demasiadas pistas como para no reconocer la lógica interna de un mapa de Europa quizá prematuramente olvidado. Tanto las nuevas unidades territoriales como las formas y las justificaciones empleadas llegan a reproducir el pasado con un asombroso mimetismo que rara vez poseen los procesos históricos. Por más disparatado que pueda parecer, cabe afirmar que renace el diseño territorial y funcional que el III Reich logró imponer en Europa en torno a 1942.

Sin embargo, los más ingenuos ideólogos de Occidente creyeron –o desearon– ver en la llamada "unificación alemana" de 1990 el transcendental momento de la reconciliación. La restauración parcial de las fronteras alemanas, reconocida e incluso celebrada por los antaño vencedores, vendría a poner fin definitivamente a los odios que habrían conducido a Alemania a desencadenar la Segunda Guerra Mundial; sin duda, la nueva Alemania –pensaban– sabría recompensar a quienes con tanta generosidad, aunque con cierto retraso, habían decidido devolverle su soberanía. Hoy, cuatro años después, sigue vigente, con más vigor si cabe, la reivindicación de las fronteras de 1937 y es posible demostrar la implicación del gobierno alemán en los procesos secesionistas acaecidos en Europa desde 1990; procesos que han conducido, siguiendo la lógica inexorable del Imperio, a desatar y a extender la guerra en la antigua Yugoslavia.

Es un hecho que la política exterior de la nueva Alemania no reconoce acreedores ni cortapisas y que está muy lejos del idílico agradecimiento que algunos esperaban tras la "unificación". Es más, todo parece indicar que no sólo no se han enterrado de una vez y para siempre los fantasmas de la segunda gran guerra, sino que, como ya advirtieran observadores tan dispares como Margaret Thatcher³⁷ o el propio Eric Honecker³⁸, se han restaurado demasiado pronto las condiciones que no hace tanto tiempo llevaron inexorablemente a la barbarie. Los fantasmas, de nuevo, recuerdan hasta qué punto es implacable la historia.

El 29 de septiembre de 1938 los participantes en la Conferencia de Munich pusieron las bases de lo que pronto sería la desaparición de Checoslovaquia. La prensa y los medios oficiales de toda Europa³⁹ exaltaron hasta el paroxismo el precario acuerdo logrado con el Reich alemán, valorándolo ante la opinión pública como una base sólida para la futura paz universal. El cinismo alcanzó su más alta cota cuando el primer ministro británico, Neville Chamberlain, se dirigió a la multitud que lo aclamaba como uno de los salvadores de la paz mundial, con las siguientes palabras: "Desde el fondo de mi corazón os doy las gracias, y os recomiendo que marchéis a vuestras casas y que durmáis tranquila y pacíficamente"⁴⁰. Antes de un año, Alemania había invadido Polonia y comenzaba una carnicería que costó la vida a casi sesenta millones de personas, muchas de las cuales dormirían tal vez tranquila y pacíficamente aquel 30 de septiembre de 1938.

³⁷ Véase *El Mundo*, magazine, 10–11 de octubre de 1992, pp. 4–6.

³⁸ En unas declaraciones realizadas el 12 de mayo de 1989 reafirma la idea de que la división de Alemania es el "punto principal de la paz en el corazón de Europa".

³⁹ Excepto, quizá, la modesta y asediada República Española, los Estados Unidos, el País de los Soviets y, lógicamente, la propia Checoslovaquia, aunque todos por muy diversas razones.

⁴⁰ Son palabras recogidas por la agencia Havas y difundidas por toda la prensa mundial. Véase, por ejemplo, *La razón* (Buenos Aires), 30 de septiembre de 1938, p. 1.

Con la misma irresponsabilidad, al comenzar el año 1993 Europa contempló impasible la disolución pacífica de la federación checoslovaca, una vez eliminados los obstáculos derivados de su carácter socialista y de su pertenencia al bloque soviético. No la imaginación, sino una "gran fantasía", en palabras del propio Vaclav Havel⁴¹, había llegado al poder en 1989; tanta que había logrado hacer olvidar a la ciudadanía las más elementales cuestiones.

Eso debió suceder a quienes el 14 de marzo de 1992 se concentraron en Bratislava para conmemorar el 53º aniversario del establecimiento del Estado eslovaco, ignorando que tal entidad territorial no fue más que un Estado-títere, resultado de la tradicional política pangermánica –ejecutada entonces por Hitler– de fragmentar políticamente su entorno a fin de facilitar la expansión del Reich. En verdad era necesaria una gran fantasía –y no pocas inyecciones de capital alemán– para reivindicar la triste memoria histórica de la Eslovaquia clerical-fascista del arzobispo Tiso. En 1990 Havel había resumido su ideario en una frase que encierra toda la fantasía, y también la gran ingenuidad, que dominó su discurso en los días de vino y gloria de la llamada "revolución de terciopelo": "El comunismo es una justificación para quitar la libertad". A mediados de 1992, la declaración de independencia de Eslovaquia dejaba claro ya que –parafraseando al propio Havel– en el fondo, la libertad había sido sólo una justificación para facilitar la partición del país.

No es extraño, en este contexto, que en la República Checa se alcen cada vez con mayor potencia voces que hablan de intensificar las relaciones con la nueva Alemania, e incluso de buscar fórmulas aceleradas de integración en el espacio económico dominado por el marco, siguiendo el camino de empresas tan emblemáticas de la nacionalidad checa como la *Skoda*, englobada ya en el Grupo *Volkswagen*. Bohemia y Moravia parecen demandar de nuevo, como en 1939, la protección del vecino alemán y, lo que es aún más peligroso, éste no parece en absoluto reacio a prestársela⁴².

Mucho más terrible y expresivo es el caso yugoslavo. Recordemos que, pese a la adhesión del entonces regente Pablo al Pacto Tripartito suscrito por las potencias del Eje, en 1941 el Reich ya había decretado el fin de Yugoslavia como entidad estatal. Esta, en apariencia, inexplicable destrucción de un aliado no respondía, sin embargo, a la improvisación o al absurdo de una guerra que, dicho sea de paso, tuvo poco de absurdo y mucho de fría y rigurosa contabilidad. De hecho, el imperialismo alemán siempre había considerado indeseable la existencia de un Estado eslavo fuerte, primero Serbia y luego la propia Yugoslavia, que pudiese impedir su penetración en los Balcanes. No es casualidad, desde luego, que la Primera Guerra Mundial estallase formalmente por el contencioso bosnio entre la pequeña Serbia y los Imperios Centrales.

Hitler y el gran capital alemán habían concebido, desde antes de la segunda gran guerra, cómo dinamitar el escollo yugoslavo. Ejecutado un plan preconcebido, Alemania había estimulado y financiado en parte el ascenso del nacionalismo en las antiguas provincias del Imperio austro-húngaro, Croacia y Eslovenia. Por su cercanía, sus vínculos históricos, su religión católica y su tradicional enfrentamiento con Serbia, croatas y eslovenos eran los más permeables al mensaje nacionalista exaltado que se fabricaba en la Cancillería del Reich, un nacionalismo a la vez separatista y beligerante en lo que se refiere a Yugoslavia, pero dispuesto a integrarse sin la menor objeción en el "nuevo orden europeo" propugnado por los ideólogos nazis. El resultado de todo ello es bien conocido: Yugoslavia estalló, como estaba previsto, y en el territorio controlado por croatas y bosnios se asentó entre 1941 y

⁴¹ En una entrevista concedida por el entonces Presidente de Checoslovaquia el 11 de mayo de 1990 y recogida en *Hechos*, 56 (1992), pp. 43–46.

⁴² Sobre todo esto puede verse MUSIL, J. (ed.): *The end of Czechoslovakia*. London, 1995, pp. 257–280.

1944 el Estado croata de Ante Pavelic, un nuevo peón al dictado del Reich⁴³. Eslovenia fue anexionada al núcleo del Imperio sin la menor protesta y los nacionalismos macedonio y kosovar, también estimulados por el Eje, posibilitaron la creación de un protectorado, la llamada "Gran Albania", bajo la tutela italiana. Servia, aislada, dejó al fin de ser un problema y cayó, como Bohemia y Moravia, bajo el duro protectorado alemán. El camino estaba despejado.

Pues bien, como una mala pesadilla de la historia, medio siglo después de que el Ministro de Exteriores del Reich hiciera pública en Viena la creación del Estado independiente de Croacia y la anexión de Eslovenia, en diciembre de 1991 la Alemania unificada reconocía, de nuevo unilateralmente y contraviniendo la opinión de sus socios europeos, la independencia de Croacia y Eslovenia. Los intentos de secesión en el sur no se hicieron esperar: en Macedonia, Bosnia y la región autónoma del Kósovo el nacionalismo de las más diversas cunas arreció, sumando fuerzas a la ya imparable dinámica desintegradora que había logrado adueñarse de Yugoslavia.

Ante todo esto, los serbios han desempolvado el Plan Moljevic⁴⁴, ahora Plan Milosevic, y combaten casa a casa y en los mismos lugares que hace 50 años para retener el mayor trozo posible del antiguo territorio yugoslavo. La guerra de Croacia y, luego, la de Bosnia son el resultado del choque violento entre las tendencias descritas: la desintegradora, impulsada por Alemania a través, principalmente, del gobierno satélite instalado en Zagreb, y la centrípeta, que tiene su centro en Belgrado e irradia sobre la autoproclamada República servia de Krajina, en territorio croata, y sobre los serbios de Bosnia.

La autodenominada República Federal de Yugoslavia, trasunto de la Gran Servia, ha heredado también de ésta todos sus trágicos y hasta cierto punto inevitables caracteres: el nacionalismo esencialista, la intolerancia religiosa, la falta de democracia, el recurso al empleo indiscriminado de la fuerza... No es extraño, por tanto, que los medios de comunicación occidentales hagan hincapié en estos aspectos para justificar las medidas de fuerza y el aislamiento internacional a que, desde 1991, ha estado sometida la federación servo–montenegrina⁴⁵.

Sin embargo, en aras del mayor rigor en el análisis y sin ninguna pretensión apologética, es obligado reconocer que Servia sabe, tal vez mejor que nadie, a lo que se enfrenta y hasta qué punto el empuje alemán puede llegar a ser devastador. Por dos veces se interpuso en su camino: la primera, en 1914–1918, Servia vio morir al 25 por ciento de su población; la segunda, veinte años después, en la Segunda Guerra Mundial, Yugoslavia perdió 1.700.000 hombres. Por su parte, Alemania sabe que una Yugoslavia fuerte tenderá siempre a aliarse con Francia, como ocurrió en el período de entreguerras, o con EE.UU., como hizo durante la guerra fría, para frenar el avance alemán. De ahí el secular interés del Reich por dividir Yugoslavia en frágiles pedazos fáciles de engullir. Esta, y no el azar, es también la clave de la extraordinaria celeridad –una precipitación calculada– con que Alemania reconoció internacionalmente a las nuevas repúblicas. Al fin y al cabo nadie somete al consenso de los vecinos el reconocimiento de los propios hijos⁴⁶.

⁴³ Durante los tres años que duró, el Estado totalitario croata desplegó una salvaje persecución contra serbios, musulmanes, gitanos y judíos, dejando tras de sí un reguero de casi un millón de muertos (los nazis reconocieron 750.000 víctimas directas de estas "depuraciones".)

⁴⁴ Estrategia propuesta por el nacionalista serbio Stevan Moljevic en 1941 como alternativa a la desintegración de Yugoslavia. El plan consistía en crear una "Gran Servia", añadiendo al territorio nacional serbio ciudades croatas, como Dubrovnik, Zadar, Vukovar, Osijek, Pakrac, Vinkovci, etc..., y partes de Bosnia y Macedonia, la "Servia meridional".

⁴⁵ En cuanto al entramado de intereses, es útil ver O'BALLANCE, E.: *Civil War in Bosnia, 1992–1994*. London, 1995.

⁴⁶ Aunque esta responsabilidad no suele ser reconocida, Vid. LITTLE, A.: *Death of Yugoslavia*. West

3. Estalla el gigante rojo.

Por lo que respecta a los cambios producidos al otro lado de la línea Oder–Neisse, la polémica frontera germano–polaca definida en Potsdam, lo más relevante es, sin duda, la rápida y para muchos inesperada desintegración de la URSS. Y ello, no sólo por lo ya dicho en relación con el final de la guerra fría, sino porque aporta una tercera y decisiva pieza al puzzle del "nuevo orden europeo". Viajemos de nuevo, para comprenderlo, a la Europa de Hitler.

Cuando el 22 de junio de 1941 Alemania invadió la URSS, sus móviles no eran tanto ideológicos –aunque evidentemente era preciso derrotar al bolchevismo–, como económicos, es decir, apoderarse y controlar sus inmensos recursos en víveres, petróleo y minerales. El éxito logrado por la política de cinturones sanitarios explica que, hasta ese momento, la URSS no fuera considerada por el Reich como un auténtico peligro. La invasión de su territorio no fue, por tanto, una acción defensiva frente a una hipotética amenaza comunista, sino todo lo contrario: controlado el continente y aislada Inglaterra, su principal enemiga, el Reich estaba en condiciones de extender su dominio, y con él su peculiar sistema de explotación, por las regiones orientales⁴⁷. Y, dada la desigual correlación de fuerzas, sin un gran coste y con bastantes garantías de éxito.

Para la cúpula alemana, la conquista del "espacio vital" (*Lebensraum*), entendido como un macroespacio económico y geopolítico, demandaba la colonización. Sin embargo, el control marítimo ejercido por el imperialismo anglo–norteamericano, así como el propio retraso de Alemania en incorporarse a la carrera colonial, impidió a esta última cimentar su Imperio sobre la base del dominio y la explotación de territorios no europeos. Alemania estaba abocada a la "colonización interior", es decir, a la expansión hacia la Europa oriental⁴⁸.

Pero, para construir lo que los ideólogos nazis denominaban la "India alemana", tomando como modelo las relaciones establecidas por los británicos en la emblemática colonia, era una condición previa la destrucción de la estructura política existente en la URSS. Entonces, como en la segunda postguerra, había un amplio consenso en el mundo capitalista para hacer desaparecer el régimen soviético y erradicar el bolchevismo, pero el imperialismo alemán dotaba a este objetivo compartido de una peculiar dimensión: la derrota del comunismo debía ser también la desintegración de la unidad estatal de Rusia.

Con este fin, la propaganda alemana buscó siempre estimular el nacionalismo y los enfrentamientos étnicos entre los distintos pueblos de la URSS, bien aprovechando agravios y contradicciones realmente existentes, bien desbordando la imaginación de las poblaciones con los supuestos beneficios de la independencia. Para debilitar sustancialmente a la potencia vecina, la estrategia del Reich contemplaba la "balcanización", la anexión de ciertos territorios, la despoblación de otros, la desindustrialización de todos los restantes.

Drayton, 1995; BENNETT, Ch.: *Yugoslavia's bloody collapse: causes, course and consequences*. London, 1995.

⁴⁷ La inmensa estepa rusa ofrecía además un espacio idóneo para el asentamiento de miles de colonos alemanes con los que llevar a cabo una gigantesca repoblación. La colonización del espacio ruso conllevaría el desplazamiento de la población autóctona hacia zonas específicas, donde se les permitiría conservar su modo de vida, aunque lógicamente bajo el dominio alemán. Esta distribución –que tanto recuerda lo que luego será el *apartheid*, el mundo de los bantustanes– permitiría además ejercer la represión selectiva en el caso de que fuese necesario.

⁴⁸ Vid. TRIBE, K.: *Strategies of economic order: German economic discourse, 1750–1950*. Cambridge, 1995.

Las siguientes palabras resumen la estrategia alemana con respecto a la URSS: "Cualquier organización estatal es de evitar, y los miembros de estos grupos étnicos deberían ser mantenidos al nivel cultural correspondiente. Hay que partir del hecho de que estos pueblos, en primer lugar, tienen la tarea de servirnos económicamente a nosotros" ⁴⁹.

Los Estados bálticos, cuya separación de Rusia fue impuesta ya en 1918 por Alemania, en el Tratado de Brest Litovsk, fueron también los primeros en hacer suya la política del "nuevo orden europeo", aceptando sin resistencia su incorporación al Reich, como zonas ocupadas bajo administración alemana. Casi medio siglo después, han sido de nuevo pioneros en la secesión, deslumbrados, como entonces por las promesas y los hipotéticos beneficios del espacio económico alemán. La madeja se deshacía otra vez por el Báltico.

Bielorrusia y Ucrania, las dos grandes repúblicas eslavas que, con Rusia, firmaron la defunción de la URSS el 8 de diciembre de 1991, habían sido también en el pasado objetivos estratégicos de la estrategia balcanizadora del Reich. Medio siglo antes ambas repúblicas asumieron, también con escasas resistencias, el papel periférico que el Reich alemán les había asignado. Antes de que hubiese terminado el año 1941, la administración alemana se estableció en ellas y, de acuerdo con las directrices de Goering, las nuevas naciones "liberadas" comenzaron a ser explotadas con criterios y con métodos coloniales: el control del denominado "espacio oriental" (*Ostraum*) consolidaría a largo plazo una periferia destinada a asegurar, por medio de relaciones de tipo imperialista, la riqueza económica y la estabilidad del Reich. Tal es la idea que de nuevo parecen barajar quienes, interna y externamente, hace sólo tres años favorecieron por todos los medios la independencia de las repúblicas eslavas. La propaganda nacionalista y, sobre todo, el embrujo del marco alemán han sido determinantes; esta vez no han sido necesarios los fusiles.

En suma, los territorios ocupados por el III Reich en el segundo semestre de 1941 vuelven a estar a merced de Alemania. Es cierto que, con diferente justificación ideológica, Rusia continúa siendo un importante polo de referencia en la política internacional y es previsible que no renuncie con facilidad a los territorios occidentales de lo que fue el Imperio zarista y luego la URSS. Pero la debilidad económica, la inestabilidad política y los problemas nacionalistas que ahora ya emergen también en el seno de la propia Federación Rusa, dejan un amplio margen de maniobra al capital alemán para tejer fuertes vínculos tanto en las repúblicas bálticas como en las eslavas.

Hemos visto cómo el hundimiento del bloque soviético fue contemplado de modo muy distinto por los aliados occidentales. Para EE.UU., el irreversible declive del socialismo real supuso –como vimos– la posibilidad de presentarlo, a la vez y fundamentalmente, como una victoria político–militar del bloque atlántico. El objetivo era, pues, garantizar el predominio norteamericano en la política internacional aun después de la guerra fría, brindando incluso a los antiguos países socialistas la integración en las estructuras de defensa occidentales bajo su liderazgo. Se esforzaron, por tanto, en mantener la precaria estabilidad política de sus antiguos enemigos, favoreciendo transiciones pacíficas y relativamente graduales al capitalismo. En cuanto a las fronteras, el imperialismo estadounidense apostó siempre por el respeto a los acuerdos de Helsinki en el sentido de la inmutabilidad de las fronteras interestatales en Europa. En suma, priorizaron la vertiente política y militar que sin duda tuvo el hundimiento del Este.

Para Alemania, sin embargo, los problemas internos en la URSS y los Estados socialistas del bloque oriental fueron vistos desde un primer momento como síntomas que anunciaban no sólo el fracaso del modelo económico, sino de toda la geopolítica que había dado lugar al sistema de bloques. El declive de la URSS no podía ser interpretado en la Alemania

⁴⁹ Vid. DALLIN, A.: *Deutsche Herrschaft in Russland, 1941–1945*. Düsseldorf, 1981, p. 57.

capitalista sólo como una victoria político-militar del bloque atlántico: era también la vía por la que Alemania podía recuperar su unidad. De ahí que, paralelamente a la negociación que concluyó con la "compra" de la RDA, Alemania desarrollase una intensa actividad en el campo internacional, estimulando, como hemos visto, las tendencias desintegradoras surgidas en el Este al calor de la crisis del sistema. En un sentido diametralmente opuesto al de los EE.UU., Alemania trabajó desde comienzos de los 80 por hacer estallar las fronteras de Europa y por dificultar al máximo los procesos de cambio de régimen en los antiguos países socialistas, con el fin de debilitar al máximo su unidad y su capacidad de negociar un futuro status en el contexto europeo. Es decir, Alemania promovió el retorno de la Europa oriental, incluidas las repúblicas occidentales de la propia URSS, a los niveles de desintegración política, social y económica que cincuenta años antes habían posibilitado su incorporación al Reich.

4. Vía libre al nuevo *Anschluss*.

Pero, el exponente más claro de esta vertiente restauradora que en el fondo tiene el final de la guerra fría se encuentra, sin duda, en la propia unificación alemana. Las bases ideológicas y jurídico-políticas que la sustentaron, así como las formas prácticas de su ejecución, dejan pocas dudas de que hemos asistido –tan felices como aquella muchedumbre londinense que en 1938 aclamaba a Chamberlain– al primer paso en el camino de la formación de un IV Reich⁵⁰.

Y ello porque la nueva Alemania ni es un Estado plenamente democrático ni ha surgido de un verdadero proceso de unificación. El propio Tribunal Constitucional de la RFA declaró, en una polémica sentencia, que este Estado es jurídicamente el heredero del III Reich⁵¹. De puertas a fuera se argumentó que se trataba de un reforzamiento de la posición de la República Federal frente a la Alemania Democrática, que quedaría así cuestionada en su legitimidad histórica en pleno debate sobre la unificación. Sin embargo, internamente esta declaración pública no hacía más que expresar un sentir arraigado –más de lo que a menudo se reconoce– en el bloque dominante de la RFA. Un sentir explicable si tenemos en cuenta el hecho de que, ciertamente, en la Alemania controlada por los aliados occidentales no tuvo lugar una auténtica desnazificación, sino todo lo contrario: una absorción del complejo económico, político y militar del III Reich, que continuó así su particular cruzada contra el comunismo a la espera de tiempos mejores⁵². La farsa representada en Nuremberg pretendió torpemente ocultar el hecho incuestionable de que la mayor parte de quienes habían hecho posible la barbarie del III Reich fueron reconvertidos, a menudo ocupando puestos de dirección, en las estructuras políticas y administrativas de la nueva RFA.

Contra lo que muchos pudieran pensar, la llamada "unidad alemana" de 1990 no fue realmente el resultado de un auténtico proceso de unificación. En efecto, pese al extraordinario despliegue publicitario que la acompañó, la firma del Tratado de

⁵⁰ Sobre este intenso debate, puede verse HAMALAINEN, P. K.: *Uniting Germany: actions and reactions*. Aldershot, 1994. Recordemos el cáustico artículo de G. Grass, "Don't reunify Germany", aparecido en *The New York Times* el 7 de enero de 1990, en el que consideraba que la política de anexión contenía "elementos irracionales y peligrosos".

⁵¹ Cfr. GARCÍA COTARELO, R.: "La República Federal de Alemania". En: LUCAS MURILLO, P. (comp.); *Sistemas políticos contemporáneos*. Barcelona, 1984, p. 200.

⁵² Véase, por ejemplo, CORNISH, P.: *British military planning for the defence of Germany, 1945-50*. London, 1995. También resulta ilustrativa la biografía de Adenauer, de SCHWARTZ, H.-P.: *Konrad Adenauer: a German politician and statesman in a period of war, revolution and reconstruction*, I. Sandhills, 1995.

Unidad (*Einigungsvertrag*) el 31 de agosto de 1991 no pretendía más que revestir de un aire igualitario y contractual a una integración que ya, de hecho, se había producido una semana antes, cuando la Cámara del Pueblo de la RDA, dominada por los partidos satélites de Bonn, acordó por una amplísima mayoría la incorporación a la RFA a partir del 3 de octubre de 1991, haciendo uso del artículo 23 de la Ley Fundamental vigente en la Alemania occidental. De hecho, el Protocolo que acompaña al Tratado de Unidad reconoce que los acuerdos "se adoptan sin perjuicio de los derechos y responsabilidades de las Cuatro Potencias respecto a Berlín y Alemania en su conjunto". Es decir, el pomposo Tratado de Unidad ni siquiera poseía un respaldo jurídico claro, dado que quedaba supeditado a la cesión de soberanía por parte de las cuatro potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Es muy revelador, en este sentido, que este Tratado para la galería no fue rubricado –como pudiera parecer lógico dado el rango que se le pretendió dar– por las máximas autoridades de las dos Alemanias, sino por responsables de segunda fila, como el Ministro del Interior de la RFA, Wolfgang Schäuble, y Günther Krause, Subsecretario de la RDA.

Sí, el llamado Tratado de Unidad no fue sino la cortina de humo que impidió a la mayoría comprender que la Alemania del Este se incorporó a la Alemania del Oeste por una peculiar vía genuinamente centroeuropea que cuenta con una larga y poco venturosa historia: lo que los alemanes denominan *Anschluss*, o sea, "anexión". Fue esta original fórmula, a la que el III Reich dotó de una inusitada virtualidad, la que sirvió, por ejemplo, para fagocitar Austria en marzo de 1938, culminando una larga etapa de presiones, asesinatos y golpes de fuerza tendentes a doblegar las resistencias de la población austriaca. Aunque este procedimiento, sólo medio año después, volvería a ser usado para legitimar la ocupación de los Sudetes, en la memoria histórica está asociado casi en exclusiva al caso austriaco. De ahí que suela identificarse el *Anschluss* con el vínculo austro-alemán, olvidando que el *Anschluss* no es una pieza del museo de los horrores, sino un eficaz instrumento reiteradamente empleado por el imperialismo alemán para extender las fronteras del Reich. Un instrumento que, medio siglo después, ha demostrado que goza de excelente salud.

Ya en entreguerras, la anexión de lo que, en el lenguaje pangermánico, se denominan "territorios alemanes" por medio de la simple adhesión de sus gobiernos permitió a los nazis llevar a cabo una política intervencionista en los asuntos internos de los países del entorno, tendente a favorecer la llegada al poder de organizaciones afines, proclives a la anexión. Esta peculiar vía quedó abierta también en la Ley Fundamental de la RFA, cuyo artículo 23 prevé que "en otras partes de Alemania (esta Ley Fundamental) será puesta en vigor después de su adhesión". No extraña, desde luego, el regocijo con que la derecha alemana acogió la idea de crear una Alemania capitalista en 1949. Las bases no podían ser más esperanzadoras.

El proceso que ha conducido a la desaparición de la RDA resulta, como decimos, paradigmático de lo que es el *Anschluss*. Desde que, a comienzos de los 80, el bloque soviético comenzó a dar muestras inequívocas de agotamiento, los gobernantes de la RFA aplicaron esta estrategia en sus relaciones con el otro Estado alemán. Primero se intentó que fuesen las propias autoridades del régimen socialista germano-oriental las que, atraídas por la prosperidad de Occidente, iniciaran el camino de la adhesión. Para favorecer el deshielo, ya en 1983 –con la esperanza puesta en las reformas propiciadas por Andropov– la RFA concedió a la RDA 1.000 millones de marcos en concepto de préstamo a bajo interés; idéntica cantidad volvió a ser entregada también al año siguiente.

Sin embargo, como sucediera también con Austria, la negativa de los gobernantes de la RDA a avanzar hacia la integración convenció a los dirigentes occidentales de que era necesario intervenir para propiciar el relevo. Los marcos occidentales cambiaron de rumbo. Así, paralelamente a que cesaban las ayudas al régimen se intensificaban las relaciones

con grupos y tendencias opositoras. Ya en los años 30 fue utilizada con éxito esta vía de estimular la actividad de organizaciones afines partidarias de la incorporación al Reich. Combinando hábilmente la propaganda y el terror, manipulaban el descontento popular hasta que finalmente lograban acceder al gobierno y, desde ahí, solicitar la adhesión. En la segunda mitad de los 80 se ejecutó fielmente este esquema; sólo faltó el terror, pero la gravedad de la crisis del socialismo tampoco lo hacía necesario. La RFA, actuando ya como el embrión de un nuevo Reich, logró la anexión pacífica de los territorios codiciados.

Donde sí hubo terror, e incluso asesinatos, fue en la propia RFA. Los más firmes opositores a este moderno *Anschluss* fueron eliminados o forzados a desaparecer de la escena política. En el seno del propio bloque dominante germano-occidental hubo voces que recomendaron utilizar otras vías y otros ritmos para llevar a cabo la unificación con unas mínimas garantías democráticas. Entre estos escasos críticos destacaba, por su alto cargo institucional, el presidente del Deutsche Bank, Alfred Herrhausen. No tuvo tiempo de arrepentirse. El 30 de noviembre de 1989, días después de que la apertura del Muro de Berlín inaugurara una nueva y decisiva fase del proceso, voló por los aires al estallar una bomba instalada en su coche; la versión oficial, muy cuestionada, atribuyó el atentado a la Fracción del Ejército Rojo y el asunto quedó cerrado. Lo cierto es que, desde entonces, su sucesor en el cargo apoyó sin reservas –tal vez por aprecio a la propia vida– la política anexionista ejecutada por Kohl.

Cinco meses después, el 25 de abril de 1990, en el transcurso de un acto electoral, el otro gran opositor al *Anschluss* desde dentro del sistema, el líder socialdemócrata Oskar Lafontaine, sufrió una cuchillada en el cuello que estuvo a punto de costarle la vida. La versión oficial, todavía menos creíble, responsabilizó del atentado a una demente y, sin que las cosas quedaran excesivamente claras, se puso fin a la investigación. Sin embargo, los hechos hablan por sí solos: antes de que finalizara el año, Lafontaine había dimitido de todas sus responsabilidades en el partido y en la fracción parlamentaria, y dejaba de ser el candidato socialdemócrata a la Cancillería Federal. Como en el caso anterior, quien le sucedió en los cargos, Björn Engholm, representaba a la inmensa mayoría del SPD que, con Willy Brandt y Helmut Schmidt a la cabeza, era partidaria de no obstaculizar la absorción de la RDA.

Por último, los dirigentes del único partido parlamentario de la RFA que se había opuesto a la unificación, Los Verdes (*Die Grünen*), tampoco lograron escapar a su castigo. El 20 de octubre de 1992 Petra Kelly y su compañero, el antiguo general del ejército alemán y posteriormente destacado pacifista, Gerd Bastian, aparecieron muertos en su domicilio; una polémica e inconsistente versión oficial dictaminó que se trataba de un suicidio y, como en las otras ocasiones, el asunto fue archivado. Desde entonces, la moderación de Los Verdes, que han estrechado sus lazos con la socialdemocracia alemana, ha corrido paralela a su creciente pérdida de influencia electoral y social. El camino para futuras anexiones estaba despejado.

Pero para llevar a cabo este primer *Anschluss*, el bloque dominante en la RFA debió vencer también las resistencias internacionales. Los EE.UU., Francia, el Reino Unido y la URSS, por razones sólo en parte coincidentes, habían reafirmado hasta 1988 su voluntad de respetar las fronteras europeas y, por supuesto, ello era válido también para la división de Alemania. Contaban a su favor no sólo con la soberanía sustraída al Reich tras su rendición incondicional, sino con un buen número de soldados acantonados en las dos repúblicas alemanas; la guerra fría aportaba una excelente coartada para prolongar la ocupación. En estas condiciones, el imperialismo alemán sabía que el camino de la unidad –que era también, estratégicamente, el camino del Imperio– no estaba supeditado, por más que se repitiese, al acuerdo entre los dos grandes bloques ideológicos, dado que ni uno ni otro estaban interesados en lo más mínimo por un eventual resurgimiento alemán. Había que

esperar a que uno de ellos, el más débil, aflojase su control. Por supuesto, no esperar sin hacer nada, sino interviniendo activamente en las contradicciones del sistema más frágil; y ya a comienzos de los 80 era perceptible la crisis del modelo soviético.

5. Kohl y la diplomacia del marco.

Parece claro que la llegada de Helmut Kohl a la Cancillería Federal en 1982 representa la apuesta del imperialismo alemán por una política ofensiva en lo que se refiere a rentabilizar el previsible hundimiento del bloque del Este; del mismo modo que Ronald Reagan, elegido Presidente a finales de 1980, encarna la estrategia de convertir la caída del socialismo soviético en una victoria político-militar de los EE.UU. Los dos viejos Imperios no estaban dispuestos a dejarse sorprender.

Kohl trabajó, por tanto, desde un principio en sintonía con los aliados occidentales para acelerar la derrota del bloque socialista, pero en solitario en lo que se refiere a la "cuestión alemana". Ello explica que, paralelamente a que, en 1983-1984, permitía a la OTAN desplegar en su territorio misiles de alcance medio (Pershing II y Crucero) apuntando al Este europeo, concedía a la otra Alemania importantes cantidades de dinero -2.000 millones de marcos-, como muestra de la solidaridad interalemana.

De cara a la URSS, la política de la RFA experimentó un viraje importante a partir de 1988, cuando la perestroika comenzó a manifestar su incapacidad para renovar la sociedad socialista y empezó a verse como inminente el crack del sistema. Aunque las relaciones germano-soviéticas durante este período han quedado eclipsadas por las grandes declaraciones y la política de gestos que caracterizaron el diálogo EE.UU.-URSS en los últimos años de la guerra fría, la RFA no permaneció ni mucho menos impasible ante el derrumbe de quienes desde 1945 habían ocupado más de la mitad del territorio histórico de Alemania.

Así, justamente el 26 de octubre de ese año, en Moscú, Helmut Kohl expresará por primera vez en un foro internacional su voluntad de ir hacia la unidad de los alemanes; ocho meses después, en junio de 1989, aprovechando una declaración conjunta, Gorbachov aceptará la perspectiva de superar la división de Europa. Ante el hecho consumado, y tras un verano en el que la huida masiva de ciudadanos germano-orientales hacia Occidente había provocado una grave crisis de legitimidad en la RDA, los EE.UU. hacen público su apoyo a la unificación de los dos Estados alemanes, limitándose a pedir que ello se lleve a cabo por medio de elecciones libres y pacíficas. Es sintomático, sin embargo, que sea el propio Presidente Bush, a través de su embajador en Bonn, Vernon Walters, quien tome la iniciativa sin una previa invitación alemana. Y es que Kohl sabía muy bien que, en los estertores de la guerra fría, era ya en el Este donde debía negociar el ensanchamiento de sus fronteras.

Para doblegar la resistencia del Kremlin y para asestar el golpe definitivo a la RDA, el imperialismo alemán no dudó en emplear hasta el último marco. Muchos saben, por ejemplo, que la crisis de los refugiados germano-orientales, la crisis que provocó el fin de la RDA, tuvo su origen en la apertura de la frontera de Hungría con Austria en mayo de 1989, dado que aportaba una vía legal y efectiva para acceder a Occidente. Pero muchos menos conocen que esta apertura fue financiada por la RFA, como contrapartida por la firma de un tratado económico desmedidamente ventajoso para Hungría. En cumplimiento de lo pactado, el 11 de septiembre el Gobierno húngaro, violando los más elementales principios del derecho internacional, abrió la frontera con Austria a ciudadanos de la RDA que carecían de documentos válidos de viaje. Unos 50.000 ciudadanos germano-orientales

pasaron, vía Austria, a la RFA, donde fueron generosamente tratados por el Gobierno de Bonn. La imagen de los campos de acogida de Bayern, una imagen que dio la vuelta al mundo, se convirtió en el más expresivo exponente del éxito de la política intervencionista de la RFA. En vano denunciaron las autoridades de la RDA⁵³ éstas y otras presiones. Los días de la Alemania socialista estaban contados.

Sin embargo, lo más costoso fue convertir la apertura soviética al diálogo alemán en una cesión efectiva de soberanía. Las contradicciones internas del PCUS y la presencia en las más altas instancias del Estado de quienes, llevados por distintas motivaciones, consideraban peligrosa la unificación, obligaron al gobierno de la RFA a pagar un alto precio por cada medida que contribuyese a franquear el camino que conducía a la absorción de la RDA. Los fuertes incentivos económicos que Kohl había llevado a Moscú en octubre de 1989 habían arrancado de Gorbachov un compromiso para discutir sobre el problema alemán, pero sólo eso. Es más, antes de un mes la URSS se apresuró a firmar con Francia⁵⁴, tradicional contrapeso alemán en el oeste, un paquete de 21 acuerdos que incluían la cooperación en el terreno militar y la defensa de la llamada "Casa común europea", antítesis de lo que pudiera ser un nuevo Reich.

Prueba de esta desconfianza es la firme negativa de la URSS a aceptar la desaparición de la frontera entre las dos Alemanias, expresada por el portavoz soviético, Guenadi Gerasimov, en respuesta a la demanda realizada por Kohl el 10 de noviembre de 1989, al día siguiente de la apertura del Muro. Había que continuar presionando. Con este fin, y dirigido principalmente a los alemanes orientales, Kohl lanzó el llamado "Plan de los Diez Puntos", que proponía por primera vez de manera oficial la unificación alemana, aunque en su concreción resultaba más un exhorto a la integración de la RDA en la RFA⁵⁵.

Fue, sin duda, este nuevo paso en solitario del Canciller Federal lo que obligó a Bush y Gorbachov a discutir por primera vez, cara a cara y como tema monográfico, el futuro de las dos Alemanias. La debilidad de la posición soviética, explicable por su avanzado deterioro, llevó a los EE.UU. a comprender que la desaparición de la frontera interalemana era inevitable. Es muy revelador que James Baker, entonces Secretario de Estado norteamericano, eligiese a Hans Modrow, Ministro-Presidente de la RDA, y no al propio Helmut Kohl, para hacerle saber que los EE.UU. querían participar en la construcción de la nueva arquitectura europea. El objetivo común era evitar el *Anschluss* que estaba implícito en el "Plan de los Diez Puntos". A la luz de los hechos, no parece injustificada la desconfianza estadounidense respecto a las auténticas intenciones de Bonn. Al fin y al cabo ambos imperialismos son viejos conocidos.

Pero, volviendo al tema central –la evolución de la postura soviética–, el momento decisivo fue quizás la visita de Kohl y Genscher a Moscú en febrero de 1990, en la que lograron arrancar, a cambio de cuantiosas compensaciones económicas, plenas garantías de que la URSS no obstaculizaría la unificación de los dos Estados alemanes; la única exigencia soviética era la neutralidad de la nueva Alemania, reiterada enérgicamente todavía entonces por el propio Gorbachov. En un último y patético intento de poner coto a lo que ya era una realidad incuestionable, el gobierno soviético respaldará las exigencias que, a finales de marzo, Modrow planteará al gobierno de Bonn en el sentido de que la Alemania unida respetase los bienes de propiedad pública de la RDA. La victoria electoral de los partidos satélites de la RFA, agrupados en la "Alianza por Alemania", convirtió en papel mojado esta

⁵³ Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1989, en plena crisis, la Agencia oficial de la RDA hizo pública una nota expresando sus quejas por la acción de "determinadas fuerzas de la RFA que llevan a cabo una desenfrenada campaña de acoso contra la RDA".

⁵⁴ El tratado franco-soviético fue firmado por François Mitterrand y Mijail Gorbachov el 5 de julio de 1989.

⁵⁵ Fue presentado en el Bundestag el 28 de noviembre de 1989.

última e insólita "exigencia".

La farsa del diálogo entre las dos Alemanias había terminado. Lo demostró, entre otros, aunque sin saberlo, el Presidente del gobierno español, Felipe González, quien tras el triunfo electoral de la coalición conservadora en la RDA ni siquiera se dirigió a Lothar de Maizière, líder de la "Alianza por Alemania", sino que viajó apresuradamente a la RFA para felicitar a Helmut Kohl y mostrarle su más decidido apoyo a la unificación. En verdad Kohl era el auténtico vencedor de las elecciones, pero González se equivocaba, la unificación no necesitaba ya de su apoyo, puesto que se había consumado. El nombramiento, como ministro de Economía de la RDA, de un alemán occidental, Elmar Pierot, significaba de hecho la integración económica y política del territorio del Este en la RFA. Sólo faltaban los detalles técnicos y en poco tiempo estarían resueltos.

Controlado el nuevo gobierno de la RDA, la URSS sólo conservaba la baza de la soberanía, compartida con las otras tres potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial, y el hecho objetivo de que contaba con una sólida estructura militar implantada en la Alemania del Este. Es demostrable que la URSS recibió importantes cantidades de dinero para asegurar su aceptación de las distintas medidas que culminaron con la firma, el 12 de septiembre de 1990, del "Tratado 2+4", por el que las cuatro potencias devolvían la soberanía a Alemania. A finales de junio, por ejemplo, diversos bancos alemanes concedieron a una URSS poco estable y menos solvente un crédito por valor de 5.000 millones de marcos, a un interés preferencial; una semana después la URSS proclamaba, en un tratado bilateral con la RFA, su apoyo sin reservas a la unificación de las dos Alemanias y, el 15 de julio, Gorbachov aceptaba la pertenencia de la Alemania unida a la OTAN, el último obstáculo presentado por Moscú.

En cuanto a la retirada de las tropas, para lograr el compromiso soviético la RFA debió indemnizar generosamente a la URSS por las descuidadas instalaciones que dejaba en el territorio de la RDA y, lo que resultaba aún más gravoso, asumir la financiación de la permanencia de las tropas soviéticas en Alemania hasta el verano de 1994, fecha fijada para la salida del último soldado soviético, así como los gastos derivados de la repatriación. El convenio germano-soviético firmado el 9 de octubre de 1990 estimaba en 13.000 millones de marcos la cantidad que la RFA debía entregar a la URSS por estos conceptos (casi un billón de pesetas al cambio actual). Finalmente, ya como postrer compensación, en el marco de la Conferencia-Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la CSCE celebrada en noviembre de 1990, Gorbachov arrancó una última y casi simbólica cantidad, a cambio de respaldar las "cinco solemnes promesas" de Kohl en relación con el futuro de Europa: una "ayuda para el pueblo soviético", financiada privadamente, que en los tres primeros meses de su ejecución aportó a la URSS la suma de 150 millones de marcos y luego se desvaneció.

El balance cuadraba. Los costes, aunque muy elevados, habían permitido llevar a cabo la anexión con una celeridad que incluso desbordaba lo previsto en el polémico "Plan de los Diez Puntos". Además, las cantidades entregadas a Gorbachov, aunque importantes, no habían servido, dada la profunda anarquía del sistema, para evitar la desintegración, primero, del bloque y, posteriormente, de la propia URSS. Justamente lo que Alemania deseaba y para lo que, paralelamente, estaba trabajando.

6. Otra vez con el tigre al acecho.

Es evidente que la nueva Alemania es la auténtica ganadora de la guerra fría. Raras veces en la historia los acontecimientos se conjugaron de tal modo que, pasado el tiempo, es

posible restaurar tan fielmente las condiciones de partida. Sólo el hecho de que la guerra fría haya sido un paréntesis –tal vez excesivamente prolongado– en la pugna de los tres grandes polos imperialistas por la hegemonía mundial puede explicar la actual vigencia de los intereses y las motivaciones que condujeron a las dos últimas grandes guerras. En efecto, el miedo al comunismo facilitó el acercamiento de la derecha alemana, incluidos los propios nazis, al imperialismo norteamericano; por el mismo motivo, los aliados occidentales confiaron al antiguo aparato totalitario la reconstrucción de la Alemania capitalista. El ejército, la administración y la economía continuaron en manos de fervientes anticomunistas, comprometidos profundamente con el régimen anterior: no hubo desnazificación ni democratización. Es bien lógico, por tanto, que la nueva Alemania se sienta heredera del III Reich, dado que efectivamente lo es y por línea directa.

En las nuevas condiciones, quienes tradicionalmente se han visto perjudicados por el imperialismo alemán hacen esfuerzos para asegurar sus posiciones. Francia y Polonia se miran, aunque no lo reconocen, en el espejo de Serbia, la otra gran frontera histórica del Reich. De ahí que Mitterrand se apresurase a respaldar la utopía gorbachoviana de la "Casa común europea", pues veía en ella la posibilidad de crear una estructura destinada a impedir la anarquía que el imperialismo alemán introduce en las relaciones internacionales del continente.

Es, sin embargo, en este terreno, el de las fronteras alemanas, donde con más claridad se manifiesta el doble lenguaje que caracteriza a la actual dirección de la Alemania unida. El cinismo, afirmar con rotundidad lo contrario de lo que se está haciendo, es quizá la nota dominante de la política exterior practicada por Kohl desde mediados de los 80. Recordemos que, para disipar los recelos de franceses y polacos, Kohl había asegurado en París en enero de 1990 que la unidad alemana en ningún caso variaría la frontera con Polonia. Sin embargo, sólo un mes después, reforzado por los grandes avances de su política respecto a la URSS y la RDA, aprovechó una visita a EE.UU. para dejar claro que Alemania no renunciaba a reivindicar las fronteras de 1937, es decir, que se atribuía derechos sobre la mitad de Polonia. Desde entonces, las protestas de polacos y franceses han obligado a las autoridades de Bonn a realizar reiterados pronunciamientos en el sentido de garantizar el respeto a la línea Oder–Neisse como frontera oriental de Alemania.

En el interior, sin embargo, el Tribunal Constitucional de la RFA ya había sentenciado en 1975 que los territorios al este de la línea Oder–Neisse, pese a los acuerdos suscritos tras la guerra, no dejaban de pertenecer legalmente a Alemania, aunque se evitaría hacer de este principio pauta de la política exterior alemana. Kohl no había hecho sino expresar la posición oficial de su gobierno, aunque luego se viera obligado coyunturalmente a dar marcha atrás. Además, había conseguido que el resto de Europa, para conjurar el peligro, volviese a la "política de apaciguamiento" con Alemania: "ceder para no confrontar". Algunos no pudieron soportarlo, como el Ministro de Industria y Comercio británico, Nicholas Ridley, un conservador nada sospechoso de iluminado, quien dimitió tras denunciar la política europea de la RFA, comparándola con la de la Alemania nazi⁵⁶.

Hoy, pese al empeño francés, la Alemania unida no ha cumplido –ni tiene previsto hacerlo– lo prescrito en el artículo 146 de su propia Ley Fundamental: dotarse, una vez recuperada la unidad nacional, de una Constitución democrática "adoptada en libre decisión por todo el pueblo alemán". Es evidente que, para el bloque dominante en Alemania, en modo alguno es una prioridad elaborar una Constitución democrática, menos aún en la medida en que realmente no se considera consumado el proceso de la unidad alemana. Tal es la cruda

⁵⁶ En unas declaraciones realizadas el 14 de julio de 1990 al diario conservador *The Spectator* en las que llamaba "maldito" al Presidente del Bundesbank, Karl Otto Pöhl, y "truhanes" a los dirigentes alemanes por su pretensión de "adueñarse de toda Europa".

verdad. Basta echar un vistazo al "Tratado 2+4" para constatar que la reiteración casi obsesiva con que aparece el asunto de la intangibilidad de las fronteras alemanas, no hace sino poner de manifiesto la escasa confianza de los firmantes en que las cosas vayan a ocurrir efectivamente así. No, tras el éxito del primer *Anschluss*, Alemania se reserva el derecho de volverlo a intentar. La vía del artículo 23 sigue abierta.

Un último rasgo sirve para detectar la naturaleza de este potencial IV Reich. Lejos de abrir un proceso constituyente de carácter democrático, la Alemania que fue incapaz de condenar a los criminales nazis ejerce ahora la acusación más feroz contra cualquiera que pudiera ser susceptible de ser relacionado con el régimen socialista. En un proceso sin precedentes, los tribunales ordinarios condenan a ciudadanos de la Alemania oriental por "delitos" cometidos durante la guerra fría, delitos que no estaban tipificados en el Código Penal de la RDA y, en ocasiones, tampoco en la legislación de la RFA durante aquellos años. Las más delirantes acusaciones sirven para sentar en el banquillo a los antiguos dirigentes del SED, de los sindicatos, de la FDJ. En algunos casos, delitos políticos cometidos en los años 30, durante el III Reich, han servido para encarcelar a personas cuyo único crimen ha sido entregar la vida a la defensa de los trabajadores y a los ideales del socialismo.

Paralelamente a que se expulsa de la Universidad a profesores reconocidos internacionalmente –permítaseme afirmar que tengo constancia directa de ello–, se devuelven las tierras expropiadas por plebiscito popular en Sajonia y otros territorios de la Alemania oriental a sus antiguos propietarios, grandes terratenientes responsables de haber sostenido hasta el último momento el régimen nazi. No es casual que, en este contexto, sean homenajeados personajes como Wener von Braun, inventor de las bombas volantes V-2 que cayeron sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial⁵⁷. Del violento resurgir del nazismo, la xenofobia y otras indeseables manifestaciones de la barbarie humana tenemos en la nueva Alemania múltiples ejemplos. Es evidente que ya no existen las tropas de ocupación ni las restricciones en la soberanía que, en otro tiempo, obstaculizaron el avance de las tendencias totalitarias en el ámbito institucional.

Pero los progresos de la ultraderecha en Alemania no sólo responden a la vigencia de una tradición política nunca erradicada, sino que cuentan también con una explicación objetiva. Los enormes gastos, directos e indirectos, que ha ocasionado la anexión de la RDA, así como la ayuda de todo tipo prestada a Croacia, Eslovenia, Eslovaquia o las repúblicas bálticas para propiciar su independencia, han obligado al gobierno de Kohl a asumir un déficit público difícil de soportar si no se incrementan los ingresos. Por su parte, el capital privado, que ha entendido sus aportes a la política intervencionista como una inversión de futuro, propicia el reforzamiento de las posiciones más duras en el seno de la coalición gobernante: hay que garantizar condiciones internas de estabilidad política y social que permitan la explotación, por las buenas o por las malas, de los territorios del este europeo.

Ante todo esto, cada vez con menor convicción, los socios de Alemania en la Unión Europea repiten el discurso europeísta diseñado durante la guerra fría para desgastar y dividir al bloque soviético. Creen que así podrán mantener controlado al nuevo Imperio, que éste se sentirá obligado a respetar las decisiones del conjunto y que será posible mantener las fronteras internas de Europa. Pero es un discurso obsoleto, a medio camino entre la utopía y la ceguera, que no es capaz de explicar, por ejemplo, por qué continúa la guerra en la ex-Yugoslavia o por qué hay cinco ministros fascistas en la Italia democrática.

El Tratado de Maastricht, como todo pacto, reflejó la correlación de fuerzas existente en Europa tras la unificación alemana. De un lado, el miedo de Francia a una Alemania

⁵⁷ El Museo de la Tecnología de Berlín organizó el homenaje en septiembre de 1992.

plenamente soberana que diseñase en solitario su política europea; de otro, las exigencias alemanas en lo que se refiere a la centralización, a la estabilidad monetaria y a su propio liderazgo. En apariencia, todos cedieron. Alemania aceptó dar el paso hacia la unión política y Francia se vio obligada a reconocer la "especial responsabilidad" de la nueva Alemania en la construcción europea. En el fondo, hubo un único y gran vencedor: Kohl, quien, como Hitler en 1938, había logrado imponer su modelo de Europa, basado en las restricciones democráticas y en la dialéctica centro-periferia; los demás habían cedido, también como entonces, para salvaguardar la paz. Olvidaban, sin embargo, que ya cuando se firmó el Tratado había guerra en los Balcanes. Pero eso todavía a nadie le importaba.